

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

ELLA
NO EXISTIA

*Curtis
Garland*

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS



Había dejado de llover poco antes.

Era habitual en otoño que aquella región registrase lluvias, incluso bastante más intensas y prolongadas que la de aquella madrugada y primeras horas de la mañana.

Los charcos reflejaron la tibia claridad solar, entre las nubes grises que aún flotaban sobre el verde paisaje de Staffordshire. La tierra, húmeda y fangosa, se veía en el serpenteo de los caminos que se perdían entre brezos, matorrales y bosquecillos, o entre los setos de las aisladas mansiones y granjas de la región.

En el pináculo de algunas torres de fincas de labranza o de cría de ganado, las veletas giraban intermitentemente con los soplos de la brisa matinal. Caballos y reses empezaban a asomar sus cuerpos marrones o blancos por entre el verdor lujurioso de la hierba en los amplios pastos.



Curtis Garland

Ella no existía

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1635

ePub r1.0

Lds 13.02.19

Título original: *Ella no existía*

Curtis Garland, 1981

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Había dejado de llover poco antes.

Era habitual en otoño que aquella región registrase lluvias, incluso bastante más intensas y prolongadas que la de aquella madrugada y primeras horas de la mañana.

Los charcos reflejaron la tibia claridad solar, entre las nubes grises que aún flotaban sobre el verde paisaje de Staffordshire. La tierra, húmeda y fangosa, se veía en el serpenteo de los caminos que se perdían entre brezos, matorrales y bosquecillos, o entre los setos de las aisladas mansiones y granjas de la región.

En el pináculo de algunas torres de fincas de labranza o de cría de ganado, las veletas giraban intermitentemente con los soplos de la brisa matinal. Caballos y reses empezaban a asomar sus cuerpos marrones o blancos por entre el verdor lujurioso de la hierba en los amplios pastos.

Algún jinete madrugador, entrenaba a caballo saltando vallas o cubriendo unas millas al trote. La furgoneta de reparto de encargos, provisiones y otras demandas de los habitantes de la zona, inició su recorrido habitual, dejando en cada casa los pedidos estipulados. Una bicicleta rodó sobre los charcos y la tierra húmeda, y desde ella el cartero arrojó ejemplares precintados del *Times* en los jardines de las viviendas, deteniéndose de vez en cuando para bajar del vehículo y depositar en los buzones de las cercas el correo del día.

Todo era bucólico, apacible, como cualquier otro día del año en la misma región. Nada parecía demostrar que aquél iba a ser un día diferente para nadie. Y sin embargo, la fecha aquella iniciaría la más sorprendente y atroz pesadilla imaginable, para algunos de los habitantes de Staffordshire.

Comenzó del modo más inocente y trivial del mundo. Y todo

porque Abigail Simmons tuvo aquella mañana la ocurrencia de dirigirse al viejo molino para encontrarse allí con su novio Desmond, que era mozo de cuadras de los Brentwood. Habitualmente, se encontraban por la tarde, en lugares algo más concurridos, incluso en el pueblo. Pero aquella mañana, la joven criada tenía algo importante que revelar a su novio: había estado en la consulta del viejo doctor McGraw, y éste le había dado su diagnóstico respecto a sus últimas molestias y trastornos. Estaba embarazada de dos meses.

De modo que Abigail, dispuesta a revelar a su novio lo que sus encuentros en los establos o en los graneros había provocado, se levantó esa mañana lo antes posible y se dirigió al viejo molino en ruinas, donde habitualmente iba Desmond por las mañanas con los caballos del propio *sir* Guy Brentwood, para pasearlos, cuidarlos y darles un leve ejercicio matinal, antes del regreso a los establos de Brentwood Mews.

Abigail, que era una moza robusta, campestre y decidida, de una belleza tosca pero vital, cogió su cesto, fingiendo ir al pueblo en busca de algo, y cambió sus pasos a la altura del puente de madera, bordeando el arroyo camino del sendero que serpenteaba hasta la loma del viejo molino derruido.

Ése fue su gran error. Y el principio de todo. Pero naturalmente, Abigail no podía saber eso. No era adivina, y ni siquiera la posibilidad de un peligro pasó remotamente por su cerebro, por otra parte no demasiado imaginativo. Calzada con sus chanclos de goma, no le importó chapotear en los charcos de lluvia ni hundir los pies en zonas embarradas. Lo que le importaba era llegar cuanto antes a su destino e informar a Desmond de lo sucedido, para preparar la boda lo antes posible. No quería ser el hazmerreír del pueblo, teniendo que celebrar a la vez la boda y el bautizo.

Abigail llegó cerca del molino. Vislumbró en la distancia las siluetas de los caballos, paciendo tranquilamente en el prado cercano al río que prestara su agua tiempo atrás a la rueda del molino. De momento, no descubrió por parte alguna la figura musculosa y fuerte de Desmond, pero sabía que estando allí los caballos, él no podía andar lejos.

Abigail comenzó a escalar la empinada cuesta de la loma. Captó un zumbido, no lejos de ella, pero no le prestó atención alguna. Era

como el sonido de un abejorro, aunque ligeramente más metálico.

Metió el pie en un bache del terreno, blando por la lluvia, y maldijo entre dientes, con muy escasa delicadeza femenina, al sentir un calambre doloroso en el tobillo. Al reanudar la marcha cuesta arriba, cojeaba ligeramente y le dolía el pie. Pero no dejó de subir hacia el molino.

—¡Desmond! —llamó—. ¡Desmond! ¿Dónde andas metido?

No le respondió nadie. Uno de los caballos alzó su cabeza, moviendo inquieto la crin pero eso fue todo. Rápidamente volvió a mordisquear la hierba con entusiasmo, Abigail se mordió el labio inferior, al sentir el dolor de su tobillo dañado. El zumbido se dejó sentir de nuevo, a sus espaldas. Giró la cabeza, por si algún insecto la atacaba. El zumbido se estaba haciendo demasiado fuerte.

Lanzó un grito de sorpresa y miró lo que tenía detrás de ella. Dilató los ojos, desconcertada por completo ante lo que veía.

—Eh, ¿quién es usted? —preguntó al hombre que caminaba de prisa tras ella, subiendo la rampa de hierba y barro con una facilidad pasmosa, sin la menor vacilación en su paso, ni siquiera estuvo segura de que la palabra «hombre» fuera la adecuada para aquel personaje. Pero tampoco la de «niño» le pareció apropiada. Ciertamente, no era más alto de tres pies^[1]. Estatura ridícula para un ser humano. Realmente, pensó Abigail con sorpresa, era un enano, un liliputiense. Pero nunca había oído que hubiera enanos en la región. Tal vez un circo ambulante se hallaba cerca de allí, pensó, observando al mismo tiempo lo extraño del aspecto físico de aquel enano que se aproximaba a ella con rara celeridad y precisión en sus pasos.

Y Su rostro...

Sus manos...

Raro todo. *Muy* raro, pensó Abigail, a pesar de que su cerebro no era demasiado dado a fantasear, ni mucho menos. Tenía una cara inexpresiva, brillante, tersa, como moldeada en cera o plástico. No se sabía si sonreía alegremente o era una mueca sardónica y cruel la de su rostro estirado, lustroso, a cuyas mejillas y pómulos parecían haberles dado brillo minuciosamente. Los ojos eran como dos helados cristales inmóviles y fríos, que no parpadeaban lo más mínimo. A Abigail le recordó aquel rostro extraño el de una máscara de Carnaval, pero con los ojos carentes de vida o calor

humano.

Y sus manos, enguantadas, parecían rígidas, con los dedos engarfiados como los de un buitre. No necesitaba siquiera apoyarse en ellas para subir con rigidez y firmeza la pronunciada cuesta en pos de ella.

No contestó nada el hombre. Encima de su cabeza, una gorra tradicional, de mezclilla marrón y *beige*, cubría el cráneo. Abigail hubiese jurado que no tenía cabellos. Ni siquiera le vio patillas o aladares. Parecía no tener pelo ni vello alguno. Ni pestañas ni cejas.

—¡Responda! —insistió, algo inquieta—. ¡Vamos, responda de una vez! ¿Quién es usted y por qué me sigue?

No hubo tampoco respuesta esta vez. El hombrecillo seguía subiendo la rampa de tierra y hierba, en pos de ella. Sus ropas eran vulgares: un pantalón gris, zapatos de goma o chanclos, un impermeable oscuro anudado a la cintura y con el cuello subido. Abigail notó, sorprendida, que el zumbido metálico procedía de aquel ser. De alguna parte de su cuerpo, brotaba ese raro sonido de abejorro irritado.

Le falló de nuevo el tobillo y cayó de espaldas con un grito ronco, hundiendo el trasero en un frío charco, las piernas en alto. La visión de sus rollizos muslos de mujer campesina, no pareció despertar la libido del pequeño ser. Continuó avanzando hacia ella como si le atrajese con un imán. El rostro seguía siendo una máscara inmutable y tersa, brillando a la luz matinal.

Llegó ante ella. Se detuvo en seco. Los ojos inexpresivos y vidriosos la miraban fijamente. Pese a no ser imaginativa, Abigail sintió miedo de repente. Más que eso: terror.

Chilló agudamente, removiéndose en el suelo e intentando levantarse, a pesar del agudo dolor de su tobillo, hinchado y resentido.

No pudo hacerlo. En ese momento, el enano movió un brazo. La empujó. Fue como si lo hiciera un gigante. Una fuerza descomunal, increíble en un ser tan pequeño, la obligó a caer de nuevo, esta vez dando tumbos por el suelo. De su garganta escapó un sollozo ronco de terror.

—Dios mío, ¿qué pretende? —gimió—. ¡Ayúdame, Desmond...!

Al gritar esto, el zumbido metálico del hombrecillo sin expresión se hizo todavía más intenso, casi rabioso.

Pero el gesto de la faz inescrutable no varió un ápice.

Y de repente, el enano se inclinó sobre ella. Abigail temió lo peor: ser violada y golpeada por aquel personaje de pesadilla. Gritó. O quiso gritar.

El pequeño ser pareció adivinar sus intenciones. Una de sus manos apretó con rapidez la boca de ella. El sonido se ahogó en su garganta. Unos dedos que parecían de acero bajo aquellos guantes, apretaron de tal modo sus labios y dientes, que Abigail sintió con horror cómo reventaba su carne desgajada, crujían las encías y se trituraban los dientes, en una horrenda convulsión dolorosa que llenaba su boca de sangre y su cerebro de agujas lacerantes y de tinieblas...

Cayó de espaldas con el rostro destrozado por la simple presión de la pequeña mano enguantada. Luego, implacable, el enano se inclinó sobre Abigail. Sus dos manos apretaron la cabeza de la muchacha, como si fuese un balón de *rugby*, en un placaje despiadado.

Crujió la bóveda craneana al reventar. Fue como triturar un huevo. La masa encefálica escapó por los desgarros que los astillados huesos abrieron en su cuero cabelludo y en sus sienes. La infortunada Abigail cayó para no levantarse más, con la cabeza convertida en una informe pulpa sanguinolenta.

El zumbido en el cuerpo del enano cesó. Apartó sus manos, con los guantes chorreantes de sangre. Pareció no sentir la más leve emoción. Dio media vuelta y echó a andar ladera abajo, sin inmutarse, sin vacilar lo más mínimo.

Allá arriba, asomó en ese momento Desmond Moore, el mozo de cuerdas de los Brentwood, que creía haber oído un grito de mujer momentos antes.

A distancia, los ojos del mozo descubrieron el cuerpo tendido en la tierra blanda y la hierba jugosa y húmeda del terraplén. Y también al hombrecillo del impermeable y la gorra de mezclilla, alejándose de espaldas a él, grotesco en su corta estatura y sus rígidos andares. El joven identificó en seguida la falda estampada, de fondo rojo, y la blusa azul de la figura abatida en tierra. Sobresaltado, giró echando a correr hacia ella.

—¡Abby! ¡Abby! ¿Eres tú? ¿Qué te ocurre? ¡Abby, responde...!

La figura se alejaba con paso firme pero no demasiado rápido. El

mozo hizo brincar a sus musculosas piernas por encima de los accidentes del terreno, más con afán de saber lo que le sucedía a su novia, que por perseguir a nadie. Pero cuando llegó junto al cuerpo de la criada, una convulsión de horror le agitó. Desmesuradamente abiertos, sus ojos se clavaron sin poderlo creer en aquel cuerpo que le era familiar, en la desnudez de sus piernas, en el increíble y espantoso aspecto de aquella cabeza triturada...

—¡No, no, Dios mío! —sollozó—. ¡No. Abby, esto no...!

Luego, buscó con ojos frenéticos al extraño enano que había visto bajar la pendiente con paso rígido e implacable. Tuvo que pestañear dos veces, para convencerse de que realmente no había perdido la visión ni el sentido común.

El misterioso ser ya no estaba a la vista. Había desaparecido sin dejar el menor rastro.

—Dios... no es posible... —jadeó, sintiendo correr las lágrimas por su rudo rostro, temblando su cuerpo por el espanto y el dolor—. Abby... Mi querida Abby... ¿Quién pudo hacerte esto? Es como si te hubieran pateado diez caballos a la vez. Y yo estaba tan cerca de ti... sin saber nada, sin oír nada...

Cayó de rodillas junto a la muchacha sin vida. Lloró durante unos minutos. Luego, reaccionó dificultosamente. Bajó la rampa de la loma a la carrera, buscando las huellas que forzosamente debió dejar en el barro el enano misterioso.

Encontró esas huellas, descendiendo por entre las hierbas y el barro, visibles por la pequeñez del pie y la hondura de las pisadas del extraño ser a quien no llegara a ver siquiera el rostro, aunque bien sabía él que en aquella región no había individuo alguno de tan reducida talla.

Las huellas terminaban bruscamente en un punto. Moore dirigió una perpleja ojeada en derredor. Allí era el fin del rastro. En un punto al pie del terraplén, junto a unos pequeños arbustos y un solitario árbol sin hojas.

Eso no tenía sentido. Nadie se evapora en el aire, pensó Moore, aún dentro de su actual aturdimiento, doloroso y estremecedor. Deambuló por el área donde se perdían las pisadas, mirando al suelo y a las ramas despobladas del árbol, sin entender una sola palabra. En alguna parte, captó de pronto un leve zumbido metálico y ronco, como el de un abejorro enfurecido. Fue en vano que

buscase la presencia de algo que justificara semejante sonido. Ni siquiera dio con el origen del mismo, que parecía proceder de todas partes y de ninguna a la vez. Elevó sus ojos al nublado cielo, y algo parecido a la cometa de un niño, un objeto flotante en las nubes, se perdió de vista de modo definitivo, a ojos del mozo de cuadras de Brentwood Mews.

Naturalmente, éste no asoció en momento alguno el volador objeto indefinible, apenas vislumbrado, con la existencia de un misterioso ser de escasa estatura cerca del cadáver horriblemente destrozado de su querida Abigail.

Lo único que podía hacer Moore en esas circunstancias, y eso fue justamente lo que hizo, fue correr hacia el pueblo, hacia el sendero que conducía a Crudginton, como si el mismo diablo le persiguiera. Tenía que informar al constable local de lo sucedido. Fuese lo que fuese lo que había matado a la muchacha, pensaba Desmond Moore angustiosamente, había sido una forma de asesinar. De eso sí estaba seguro.

CAPÍTULO II

Kenneth Parks, reportero del *Birmingham Mail*, dirigió una mirada de curiosidad a su colega Sam Ritter, jefe de redacción del periódico, y por ello mismo su inmediato superior en la cotidiana tarea.

—¿Crees que es noticia eso, Sam? —dudó el joven periodista, con cierto escepticismo en su tono de voz.

—¿Por qué no? —Bostezó Ritter, ordenando un montón de galeradas y papeles de su mesa de trabajo—. No disponemos de demasiadas en estos días. Sólo las de agencias de información, y éstas ya nos las sabemos de memoria, Ken: terrorismo mundial, tensiones y violencias en diversas partes del mundo, elecciones aquí o allá... Lo que importa a la gente es lo que sucede en su propia casa, en su región, en sitios que le son familiares y donde nunca parece ocurrir nada.

—Es un suceso vulgar, Sam. Una chica muere aplastada por algo, posiblemente por los cascos de los caballos de su propio novio; diga éste lo que diga, o golpeada a pedradas por algún sádico vagabundo. Bastará con una gacetilla de media columna para contar todo lo sucedido a nuestros lectores. Ni siquiera en la región donde ocurrió el suceso entusiasmará a nadie su lectura.

—Ken, tengo olfato de periodista. Por algo llevo treinta años en esto —replicó Ritter vivamente—. Ve allá y hazte cargo de la información de ese asunto. Con tu habilidad y mi instinto, estoy seguro de que podremos publicar algo en primera plana durante varios días, vendiendo una buena cantidad de ejemplares.

Y eso es lo que quiere la empresa, después de todo.

—Sam, sabes que me fastidia la prensa «amarilla».

—A mí también. Pero eso es lo que hace vender. Y después de

todo, tenemos aquí mismo la materia prima. Nunca me perdonaría que cuatro petimetres de Londres vinieran a hacer la información para el *Mirror* o el *Sun* y nos pisaran el terreno.

—Está bien —resopló Kenneth—. ¿Cuándo se supone que debo presentarme en esa población... cómo se llama...? Crudgington...

—Hoy mismo. Toma tu coche y vete para allá, Ken. Te haré reservar una habitación en el mejor hotel de todos los que allí haya. Espero tu primera crónica para mañana a mediodía lo más tarde. En la edición vespertina habitual quiero tener ya el reportaje. —¿Hago fotografías también?

—Si puedes...

—No me gustaría fotografiar a un cadáver con el cráneo hecho papilla, Sam. Mi estómago no soporta tanto.

—Haz lo que te dé la gana, pero toma algunas fotografías con tu instantánea y envíalas. Anunciaremos su publicación mañana, si es que no llegan a tiempo para la edición del día.

—Como quieras —se puso en pie con un bostezo, y se frotó el mentón, dirigiendo una mirada burlona de sus grises ojos agudos a su jefe—. Te llamaré una vez allí para contarte mis primeras impresiones. Entrevistaré al novio y al constable del lugar. Pero no te garantizo nada sensacional, Sam.

—Tampoco te lo pido. Sé que hay algo en esa noticia, muchacho. Es el pálpito de mi experiencia. Acostumbra a fiarte de mi buen instinto de periodista.

—Si aciertas esta vez, la verdad es que nunca dudará ya de ti. Si este crimen rural es algo más que un vulgar asunto de comadreo pueblerinos, me descubriré ante ti.

—No te pediré tanto —rió el jefe de redacción del *Mail*—. Me bastará con que escribas un buen reportaje y todo Birmingham compre nuestro diario.

—Haré lo posible por no defraudarte. Hasta mañana, Sam, Salgo para ese pueblo.

Ritter asintió, dirigiéndose al teléfono y pidiendo los números de los hoteles de Crudgington, en Staffordshire, a poca distancia de la ciudad de Shrewsbury, en la zona más rica en ganado de todo el Condado. Cuando supo cuál era el mejor hotel local, encargó una habitación y cena para un viajero llamado Kenneth Parks, de profesión periodista en Birmingham. Le confirmaron la reserva y

colgó.

El primer telegrama recibido en la redacción era urgente, y procedía de Crudginton, expedido esa misma noche. Venía a ser el primer reportaje telegráfico remitido por Parks desde la población:

«Apenas llegado aquí, me informan de que *sir* Guy Brentwood, propietario de Brentwood Mews y patrón del mozo de cuadras Desmond Moore, único testigo del crimen y novio de la muchacha muerta —que, por cierto, resultó estar embarazada de dos meses, según la autopsia—, ha fallecido repentinamente, víctima de un grave accidente en los establos de su propiedad. Llamaré mañana con mi primer reportaje. Saludos: Ken».

* * *

—Era mi único hermano... Me refiero al único hermano vivo que tenía en el mundo, ya que el tercero de nuestra familia, Henry, falleció de un tumor maligno hace ya quince años. Y ahora... también Guy está muerto.

Norman Brentwood, alto funcionario de los Servicios de Inteligencia de Su Majestad británica, dejó caer la cabeza desolado apoyando la barbilla en su pecho, con la mirada turbia y perdida.

Roger McDuff, de Seguridad, le contempló pensativo. Nunca hasta entonces había visto doblarse al hombre de hierro de su Departamento. Al fin, Brentwood demostraba que también era humano, después de todo.

—De veras lo siento, señor —manifestó McDuff gravemente, paseando por el despacho lentamente, con las manos cruzadas a la espalda—. Me temo que nadie podamos hacer nada por usted en estas circunstancias...

—Por supuesto —aceptó con un suspiro Brentwood—. Guy era un hombre fuerte, lleno de vitalidad, de juvenil entusiasmo por todo. Lo cierto es que no nos llevábamos bien, ni siquiera nos

tratábamos desde hacía años, pero era mi hermano, a fin de cuentas, y yo le quería. Supongo que también él a mí.

—Entonces, ¿qué les distanciaba, señor?

—Su mujer.

—¿Su mujer?

—*Lady Brentwood*. Es una mujer autoritaria y dominante. Nunca me gustó, pero es hermosa y dominaba totalmente a Guy. Era su segunda mujer desde hacía siete años. Los mismos que ambos hermanos llevábamos alejados el uno del otro. De su primera mujer no tuvo más que una hija que falleció en un naufragio. De la segunda, ni un hijo. Sólo nuestro sobrino. Glenn, vive con ellos.

—¿Hijo de Henry, su hermano fallecido?

—Sí. Un muchacho haragán, perezoso como pocos, dado sólo a fiestas, deportes y placeres. La fortuna de Guy era inmensa. Supongo que ahora la disfrutarán a fondo su viuda y su sobrino.

—¿Usted no?

—Guy era dado a hacer testamentos. Y a cambiarlos cuando variaba de opinión. Seguro que su esposa habrá logrado que olvide en él a su hermano. Pero eso no me importa en absoluto. Tengo mis propios medios de vida, y aunque mi fortuna no sea tan cuantiosa como la de Guy, no me quejo en absoluto.

—¿Va a asistir a los funerales, de todos modos?

—Es posible que lo haga, sí, a pesar del trabajo en mi Departamento. Lo que más me intriga es lo que harán su mujer y su sobrino con su juego favorito.

—¿Juego favorito? —McDuff arrugó el ceño, contemplando a su compañero de trabajo en Inteligencia—. ¿A qué se refiere, señor?

—Oh, ¿no se lo he contado antes? La cibernética era la pasión de Guy. Le entusiasmaba construir robots y autómatas para manipularlos a distancia. Pero eso sí, eran totalmente inofensivos, simples juguetes grandes y costosos, producto de su imaginación y de sus aficiones a la electrónica aplicada a los ingenios capaces de moverse y actuar como seres humanos.

—Es un juego tan caro como peligroso, señor.

—Para Guy no tenía secretos. En Brentwood Mews poseía un pequeño ejército de muñecos o robots capaces de cumplir sus órdenes para divertirlo. Por supuesto, jamás permitió que nadie los utilizara en su lugar, ni los empleó para amedrentar a la gente o

para algo que encerrase riesgo alguno para los demás.

—Eso era en vida de su hermano, señor. ¿Y ahora? ¿Quién heredará esos muñecos y los ingenios capaces de moverlos a distancia?

—Eso es otra de las cosas que me preocupan. Y mucho. Guy había llegado a perfeccionar de tal modo sus juegos cibernéticos, que esos mecanismos, en manos poco escrupulosas, podrían crear complicaciones graves.

—Informe de ello a la policía, señor —aconsejó McDuff, pensativo—. Sería lo mejor, ¿no le parece?

—Yo no pensaba precisamente en la policía, sino... en nosotros.

—¿Nosotros? —repitió su subordinado con perplejidad—. ¿Y qué pinta el *Intelligence Service* británico en un simple juego electrónico de aficionados?

—Verá, amigo mío —lentamente, Norman Brentwood se incorporó, clavando su mirada en su compañero de trabajo—. Hay algo que aún no le he dicho.

—¿Y es...?

—Guy tenía últimamente negocios fuera de Inglaterra. Ya le he dicho que su fortuna era muy grande, y eso no se hace solamente viviendo de rentas o invirtiendo en la Bolsa.

Pues bien, en esos negocios tenía un socio canadiense, un tal Andrew Reed.

—No adivino adónde va a parar con todo eso, señor.

—Casualmente, llegaron a mis manos hace unas semanas ciertos informes secretos sobre un agente doble canadiense, que parece estar en contacto harto sospechoso con firmas comerciales de cierto país del Este. Hemos investigado esas firmas comerciales, y todas ellas pertenecen a una misma sociedad mercantil, llamada *Eastinter*. Que, naturalmente, no es sino una supuesta firma comercial privada, pero en realidad está manejada y financiada por gobiernos del Este.

—¿Lo sabía su hermano?

—Eso lo ignoro, por supuesto. Imagino que Guy se habrá llevado esa respuesta a la tumba. Pero si un hombre que trabaja para el Este se halla ahora sin duda en la mansión de mi hermano, y llega a adueñarse de todo cuanto Guy consiguió con la electrónica y la cibernética, podría haber motivos de preocupación para nosotros.

Guy logró sofisticar al máximo sus trabajos cibernéticos, y eso me inquieta. En manos criminales o enemigas, todo ingenio automatizado puede ser un peligro para nosotros.

—Entiendo. ¿Podrá averiguar eso cuando asista a los funerales de su hermano?

—Sin duda. Espero saber entonces a qué manos van a parar los autómatas de Guy. Ya le mantendré informado.

No volvieron a hablar de ello por el momento. Norman Brentwood se ausentó para asistir a los funerales en Staffordshire. Y fue entonces cuando McDuff recibió un telegrama en clave que, pasado al departamento de codificación, le fue devuelto con la siguiente y sorprendente transcripción:

«Accidente mortal de mi hermano Guy harto sospechoso, ofrece lagunas oscuras. Guy dejó testamento. Según el mismo, si no vive su desaparecida hija, Leilah, todo pasará a su esposa y a su sobrino. Ellos son también dueños de los “juguetes” de mi hermano. Pero he averiguado que Reed pretende adquirirlos al precio que sea, pretextando desear tener un recuerdo de su socio.

»Naturalmente, imposible encontrar con vida a Leilah, desaparecida en un naufragio en el Atlántico Norte. Pero vaya seleccionando agentes femeninos jóvenes y atractivas. Tengo una Idea. Regreso dentro de dos días. Saludos: Norman».

Perplejo, McDuff puso en funcionamiento la maquinaria. Momentos después, todo el personal femenino de inteligencia que respondía a la petición de Brentwood, era requerido urgentemente por la superioridad. Hasta un total de once bellas y jóvenes agentes femeninas de Inteligencia se reunían en las oficinas del *Foreing Office* una nubosa y húmeda mañana de otoño, cuando Norman Brentwood regresaba de Staffordshire.

—Ha sido usted seleccionada, señorita Marsh.

Tracy Marsh, una joven y atractiva pelirroja nacida en Londres

no más de veinte años atrás, parpadeó, mirando con sorpresa al alto funcionario que le comunicaba la noticia.

—¿Yo, señor? —preguntó—. Creí que sería demasiado joven para una misión especial... Es lo que acostumbran a decirme habitualmente en estos casos.

—En el presente, su juventud es una de las causas por las que resultó elegida, señorita Marsh —sonrió gravemente Brentwood—. Tiene que representar el papel de una jovencita de diecinueve años exactamente.

—Bien, señor.

—He examinado su expediente. Es usted una muchacha de inteligencia despierta, hábil y obstinada, posee una gran dosis de psicología y dotes de observación, domina perfectamente el karate y la defensa personal, por supuesto, tiene buena puntería con cualquier arma de fuego, es excelente jinete y domina a la perfección la acrobacia. En suma, es una agente perfecta para la misión encomendada. Igualmente he observado que tiene gran afición a la electrónica, y eso ya es algo que supera cuanto había previsto. Su misión va a relacionarse con algo en lo que la electrónica juega importante papel. ¿Dispuesta a la tarea?

—Totalmente, señor.

—Bien. Se le proveerá de documentación falsa, pero perfectamente comprobable a través de policía y de ciertos centros diplomáticos del extranjero. Va a representar usted el papel de una mujer que ya no existe.

—¿Alguien que murió?

—Sí. Una muchacha perdida en un naufragio, a bordo de un yate que se hundió en el Atlántico norte. Su cadáver jamás apareció, de ahí la posibilidad de una suplantación que debe ser perfecta. La joven cuyo papel interpretará, se llamaba Leilah Brentwood.

—¿Brentwood? —Parpadeó la muchacha—. ¿Su mismo apellido, señor?

—Exactamente —sonrió él mirándola fijamente—. Será usted mi sobrina. Ella era pelirroja, de ojos verdes. Por eso la elegí en principio. Luego, su edad y físico me resultaron los idóneos también. Leilah tenía una pequeña señal, algo así como un antojo, dicho vulgarmente, en el hombro izquierdo. Con la forma de una fresa. Recuerdo muy bien esa señal. Haré que le hagan un tatuaje

idéntico. Lo demás será cosa suya: convencer a todos de que es, realmente, Leilah Brentwood resucitada. Pero piense una cosa: esa muchacha que no existe, heredará, caso de reaparecer súbitamente, la friolera de seis millones de libras esterlinas, varias fincas, negocios y un sinfín de cosas más.

—Cielos...

—Y dejaría sin herencia a una mujer ambiciosa y egoísta y a un joven haragán y vividor, que ya sueñan con entrar en posesión de esa fortuna. El plazo para que el testamento entre en vigor, terminará dentro de tres días exactamente. Antes de esa fecha, que se publicará, por deseo expreso del fallecido, en toda la prensa británica durante esos tres días, usted... es decir, Leilah Brentwood, dada por muerta durante nueve años.

—¿A los diez murió ella?

—Sí. Viajaba con una *nurse* y un secretario de Guy, mi hermano, de regreso de un viaje de placer para celebrar su ingreso en la escuela superior, tras unas brillantes notas de prueba. Todos sobrevivieron, menos la niña, que jamás apareció en el mar turbulento.

—¿Se tragarán la historia, señor?

—Tienen que tragársela, les guste o no. Su documentación será la de Leilah Brentwood, yo la identificaré sin lugar a dudas, y varios funcionarios diplomáticos y personalidades de irreprochable prestigio, confirmarán que usted fue rescatada por unos pescadores, tiempo después, sin memoria, víctima de una amnesia parcial que le duró años, y fue internada en los Estados Unidos, en un centro especial de recuperación. De allí salió sin recordar nada de su pasado, hasta que recientemente le volvió la memoria y se identificó ante las autoridades británicas de la Embajada de Su Majestad en Alemania Federal. Como sé que habla usted alemán perfectamente, ésa será la versión más idónea. Coincidiendo con la recuperación de su memoria y de su identidad, ha ocurrido el fallecimiento de su padre, Guy Brentwood, y se ha apresurado a venir.

—Es una historia que hará sospechar y mucho.

—Lo sé —sonrió Brentwood—. Eso no me importa. Usted viva alerta. Intentarán demostrar que es una falsaria, y eso impedirá que corra riesgos mayores. Si supieran que realmente es usted Leilah

Brentwood y que va a heredarlo todo, la matarían sin vacilar.

Sepa que mi hermano sufrió un accidente harto sospechoso que bien pudo ser asesinato.

—Entiendo. ¿Y si ven que puedo heredar, aunque sea una farsante?

—Correrá idéntico peligro. Ellos no permitirán que usted les quite la herencia.

—¿La viuda no es, por tanto, la madre de Leilah?

—No. Le contaré todo eso con detalle. Ella es sólo la madrastra, la segunda esposa.

—Pero ¿no llegó a conocer a Leilah?

—No. Se casó dos años más tarde con mi hermano. Pero todo este asunto sería cosa de la policía, simplemente, si no fuera por algo que me hace pensar en un problema mucho más grave y oscuro. Por eso va usted allí, señorita Marsh. Es posible que haya algo en esa mansión de Staffordshire que pueda poner en peligro a nuestro país.

—¿Qué es ello, señor?

—Juguetes, simplemente.

—¿Juguetes? —se asombró ella.

—Sí. Quizás juguetes mortíferos, en manos poco escrupulosas...

CAPÍTULO III

Kenneth Parks contempló una vez más el paisaje húmedo, de tonos verdes variados, bajo el cielo casi siempre nublado. Había lloviznado ligeramente aquella madrugada, pero ahora el agua se había secado, y sólo quedaba una ligera humedad reblandeciendo el terreno.

No era la primera vez que hacía el recorrido entre las altas vallas de Brentwood Mews, la más amplia y rica propiedad de la región, y la loma donde se hallaban las ruinas del viejo molino y el cauce del río medio seco. Había contemplado pasear por allí a los caballos de la mansión, guiados por el mozo de cuadras, el mismo que le narrara a su llegada los escalofriantes detalles de la muerte de Abigail Simmons, hecho todavía desconcertante y sin aclarar por la policía local.

Dos reportajes había publicado ya el *Mail* de Birmingham con esas noticias, uno de ellos con fotografías obtenidas por él mismo con su Polaroid. Estaba buscando material para un tercer reportaje. Y ese material se refería al misterioso enano que desapareció como si la tierra lo tragase, casi ante las mismas narices de Desmond Moore, el mozo de cuadras.

En lo poco que Ken le había tratado, comprobó que no se trataba precisamente de un hombre demasiado despierto, pero tampoco de ningún estúpido. Su relato era siempre el mismo, y no parecía haber bebido ni relatar fantasías. Sin embargo, todo aquello carecía de sentido para el constable Rogers, el policía local. Además, la casi inmediata muerte de *sir* Guy Brentwood, un hombre importante en aquella región e incluso en toda Inglaterra, víctima de un accidente, hizo que el constable se olvidara totalmente de la pobre Abigail por unos días.

Ken había resistido la tentación de escribir sobre la muerte de *sir* Guy porque no deseaba que las iras de una familia rica y poderosa, como los Brentwood, cayeran sobre él y sobre su periódico por haber insinuado cosas que no podía probar. Pero personalmente, Ken distaba mucho de ver clara la muerte de *sir* Guy, pisoteado por uno de sus caballos, víctima de una especie de ataque de locura que había obligado a matarle apenas cometido el homicidio en la persona de su amo.

Abigail servía no lejos de la casa de los Brentwood, pero acostumbraba a reunirse con su novio en el viejo molino, puesto que nadie podía entrar en la finca de *sir* Guy sin autorizarlo expresamente su esposa, *lady* Viveca Brentwood. Y ésta nunca hubiera permitido que una criada entrase allí a reunirse con su mozo de cuadras. Eso se lo había confesado confidencialmente el propio constable. *Lady* Viveca era una mujer dura y poco tolerante con el pecado ajeno, pese a su belleza y su madura juventud.

La noticia de que la muchacha estaba embarazada al morir, había conmovido a los ciudadanos de la localidad y exasperado aún más a Moore. Ken estaba seguro de que el joven mozo no tenía responsabilidad alguna en aquel crimen, y que su dolor era cierto. El constable también opinaba igual. Desmond Moore era un muchacho de buen comportamiento y honestidad probada.

—¿Qué vuelve a hacer usted por aquí?

La voz sobresaltó a Ken. Se volvió. El propio Moore había aparecido súbitamente detrás de unos matorrales. Llevaba en su mano una delgada pero sólida barra de hierro, que parecía ser un arma por el modo de enarbolarla. Le miraba con fijeza y escasa confianza.

—Ah, es usted —suspiró Ken, aliviado—. Paseaba por aquí, Moore. En busca de pistas o datos que se hayan podido pasar por alto al constable.

—¿Es que los periodistas juegan a hacer de detectives, señor?

—A veces sí, amigo mío —sonrió vagamente Ken. Señaló el barrote de hierro—. ¿Lo lleva como arma?

—Sí. No quiero que nadie me sorprenda a mí indefenso, como le pasó a la pobre Abby... Si encuentro al que la mató, le dejaré la cabeza como él se la dejó a mi pobre chica.

—¿Sigue buscando al enano?

—Por supuesto. Sólo él estaba por aquí en esos momentos. Tuvo que ser el culpable.

—¿Puede describírmelo con detalle?

—Claro. Al menos, lo que vi de él. Me daba la espalda en todo momento. Si le hubiera perseguido antes... Pero el cuerpo de Abby me aturdió tanto que no supe qué hacer.

—Tal vez de otro modo, ahora también estaría muerto usted. Hace falta mucha fuerza para hacer lo que le hicieron a Abigail.

—Lo sé. Pero ese enano debía ser algún forzudo de circo, o cosa así, señor.

—Moore, no había circos en la región en esos días. Me lo ha confirmado el constable.

—Entonces, ¿de dónde diablos salió aquel ser? Y sobre todo, ¿adónde fue a parar?

—Creo que averiguar eso nos daría el caso virtualmente resuelto, amigo mío. Por desgracia, no es así. ¿Cómo era el tal enano?

—No mediría más de tres pies de altura. Ancho de espaldas. Rígido. Se movía como si tuviera las piernas ortopédicas o algo así. Impermeable oscuro, creo que gris. Gorra de cheviot marrón... Parecía no tener pelo en la nuca, Pero apenas se le veía, porque llevaba subido el cuello del impermeable.

—¿Es todo lo que recuerda?

—Todo, sí.

—¿En qué sitio, exactamente, desapareció?

—Más o menos, donde está usted ahora —afirmó el mozo—. Un poco más a su derecha. Cosa de tres o cuatro pasos. Sí. Ahí justamente.

Ken se había situado en el sitio indicado. Miró en torno. Unos matorrales insuficientes para ocultarse. Un árbol sin hojas, de tronco delgado. Nada más. Ni una zanja, ni un agujero. Nada.

—Pues no lo entiendo —confesó, frotándose el mentón.

—Yo tampoco, señor —gruñó Moore sombrío, clavando el hierro en el suelo con rabia—. Pero así ocurrió.

—¿Cuánto tiempo calcula que apartó sus ojos de él en ese momento? Me refiero entre el instante de verle y su desaparición.

—Pues no sé... Me detuve junto a ella... —Miró al sitio donde hallara a Abigail. Ken notó su estremecimiento, la convulsión de su

rostro—. Tal vez un minuto. No pudo ser más. Seguro que no. Quizás algo menos.

—Pongamos cuarenta segundos —medió Ken en voz alta. Miró su reloj durante ese período de tiempo. Luego alzó la vista y miró a Moore—. No es tiempo suficiente para desaparecer corriendo. No hay accidentes del terreno al menos en dos minutos de carrera.

—Todo eso ya lo he comprobado yo.

—Trate de recordar bien. ¿No había nada, absolutamente nada, ni el menor rastro del enano? ¿Nada anormal, nada insólito en cuanto podía abarcar su vista?

—No, nada. El paisaje aparecía desierto por completo... —Miró a las nubes y arrugó el ceño—. Bueno...

—¿Qué? —le apremió Ken.

—En el cielo, sí. Había algo.

—¿Algo como qué?

—No sé. Una cometa de niño o cosa así. Flotaba, alejándose. Se metió entre las nubes, que estaban muy bajas porque había llovido mucho y amenazaba lluvia otra vez. Eso fue todo. Eso... y el abejaorjo.

—¿El *qué*?

—El abejaorjo. No sé por dónde andaría. No lo vi. Pero debía de ser muy gordo y estar furioso. Zumbaba endiabladamente.

—¿Aun así no lo vio?

—No, no. Ni me preocupó, la verdad. No estaba para esas cosas. El zumbido cesó de repente. El abejaorjo debió alejarse. Sonaba raro, como si zumbase dentro de una lata...

—¿Quiere decir que era un zumbido *metálico*? —puntualizó Ken.

—Sí, algo así. Pero claro, eso importaba poco. Lo que quisiera saber es dónde se metió el maldito enano...

—Y yo, Moore, y yo —dijo Ken, mirando pensativo hacia las nubes grisáceas amenazando nuevas lluvias—. No le molesto más. Voy al pueblo. Se hace tarde... Echó a andar. De pronto se detuvo. Giró la cabeza. Moore jugueteaba, clavando y desclavando su barra de hierro en la tierra blanda. Le espetó:

—¿Cómo fue lo de su patrón y el caballo, Moore?

—Oh, eso... —El mozo se sobresaltó ligeramente—. Pobre *sir* Guy... Y pobre «Atila»...

—¿«Atila» era el caballo?

—Sí —sonrió tristemente el mozo—. Raro nombre, ¿no? Para un caballo, sobre todo. *Sir* Guy tenía sentido del humor. Era su caballo favorito. No sé lo que le pasó. Tal vez mordió hojas venenosas en el campo. Era un poco rebelde, pero un gran caballo. Se puso furioso de repente, cuando *sir* Guy lo ensillaba para pasear. Lo derribó y pateó. Oí los gritos y corrí cuanto pude, pero era tarde. Le había hundido el cráneo de una terrible coz. También me atacó a mí. Tuve que encerrarlo y pedir ayuda para sacar a *sir* Guy de allí. El señorito Brentwood, su sobrino, me ayudó. Y él mató al caballo de un tiro de rifle. Fue una gran desgracia, señor.

—Si, supongo que sí —asintió Ken—. ¿Examinó el veterinario al caballo muerto?

—Sólo por rutina. No tenía señales de heridas o de cosa parecida que pudiera haberle enfurecido. La encuesta menciona un ataque de locura provocado posiblemente por hierbas venenosas.

—Pero nadie hizo la autopsia al animal.

—No, claro que no. Después de todo, era sólo un caballo. Y la cosa estaba clara. Ya nadie podría devolver la vida al pobre *sir* Guy... Es una mala racha la que pasamos aquí estos días, señor.

—Sí, ya veo. Hasta otra, Moore.

—Adiós, señor. Y tenga cuidado. Puede que haya un loco suelto por aquí.

—Lo dudo, Moore, lo dudo. La explicación, si es que la hay, no debe ser tan sencilla como todo eso. Los locos no se evaporan en el aire... Y se alejó, profundamente pensativo.

* * *

—La señorita Leilah Brentwood.

Una especie de violenta pero contenida descarga eléctrica pareció sacudir a todos los reunidos en la amplia sala de Brentwood Mews.

Todos los ojos se fijaron en la puerta de entrada. El sol nublado arrancó destellos cobrizos de la melena de la joven. Viveca Brentwood estrujó sus blancos dedos enojados, nerviosamente. Su sobrino Glenn mordisqueaba la boquilla de un cigarrillo a medio consumir. Nigel Coleman, abogado de la familia, se limitaba a contemplar la totalidad de la escena desde la puerta balcón del

fondo, con los pulgares de sus manos hundidos en los bolsillos del chaleco. Lorna Warren, secretaria personal del difunto *sir* Guy, y Andrew Reed, su socio canadiense, formaban un grupo aparte, expectante pero no nervioso en apariencia, ambos con una copa de oporto en sus manos, el aspecto distraído.

Sin embargo, todas las miradas estaban fijas en la recién llegada. El mayordomo, callado y solemne, recogió de manos de ella una ligera prenda de abrigo y un paraguas, que llevó en silencio al vestíbulo de la casa.

—Buenos días —saludó ella con voz dulce—. Espero ser bien recibida aquí...

Tía y sobrino cambiaron una fría mirada inexpresiva. El abogado carraspeó. El taconeó de la joven, vestida con modernidad pero también con cierto clasicismo, sonó en la sala con intensidad, dado el silencio que allí reinaba. La luz del día nublado dio matices jaspeados al verde de sus ojos risueños.

—Bienvenida a casa, querida —dijo por fin Glenn, rompiendo el mutismo para sonreír débilmente a su prima—. A esto se le llama la resurrección de una persona muerta durante casi diez años...

—Lo supongo —sonrió ella—. Yo misma me siento como si volviera a la vida tras un largo periodo de permanecer muerta en vida, primo Glenn.

—No se puede negar que has resucitado muy oportunamente —señaló con sarcasmo su tía Viveca.

—Sí, eso parece —suspiró la supuesta Leilah Brentwood—. Pero no ha sido culpa mía. Traigo todos los certificados médicos que confirman mi reciente recuperación total...

—Van a hacerle falta algo más que simples certificados médicos para probar que es, realmente, Leilah Brentwood —sonó la agria y profesional voz del abogado Coleman—. Oficialmente, una persona desaparecida durante nueve años, está dada por muerta. Conforme a la ley, la herencia de *sir* Guy es de su sobrino y de su esposa.

—Yo no sé nada de leyes, caballero —suspiró la joven cansadamente—. Me limité a leer el requerimiento legal en la prensa inglesa cuando la Embajada de Bonn me lo mostró, y acudí tan pronto como me fue posible. Espero que el plazo legal no haya expirado.

—No, eso no —gruñó Coleman—. Lo que no está claro, señorita,

es que usted sea, efectivamente, la hija de *sir* Guy Brentwood.

—No será difícil probarlo —apuntó Andrew Reed, saliendo de su mutismo—. Recuerdo muy bien a la pequeña Leilah por unas fotografías que me mostró Guy. En todas esas fotos había algo que, sin duda, ustedes conocerán mejor que yo, *lady* Brentwood.

—¿Qué es ello? —preguntó fríamente ella.

—El lunar o antojo en el hombro izquierdo —sonrió el canadiense—. Una mancha en forma de fresón, si no recuerdo mal.

—Eso es cierto —afirmó Glenn—. Mi primita tenía esa señal en su hombro.

La falsa Leilah sonrió. Desabotonó su blusa, situándose a la luz, y bajó el hombro con lentitud. La claridad del exterior alumbró nítidamente la mancha marrón, en forma de fresón, que mostraba su hombro izquierdo en la blanca piel suave. Viveca fue hasta ella y miró la mancha, pasando luego su dedo sobre ella. Airada, con gesto contrariado, se retiró, admitiendo con sequedad:

—Podría ser legítimo. Pero no sé si bastará para probar su identidad real...

—Si es suficiente para los jueces, tía Viveca, habremos perdido seis millones de libras, y tendremos que conformarnos con una exigua pensión de por vida...

¿Ves la que has armado con tu regreso, prima Leilah?

Tracy Marsh, del Servicio de Inteligencia de Su Majestad, asintió con aire ingenuo. Incluso se permitió una sonrisa casi infantil al comentar:

—Me doy cuenta de ello. Seguro que desearíais asesinar me con vuestras propias manos, ¿no es cierto?

Viveca Brentwood entornó los ojos, dominándose. Apretó los labios, sin responder. Su primo Glenn se echó a reír.

—Eso seguro, ¿verdad, tía Viveca? Tu muerte, Leilah, nos supondría una fortuna demasiado grande para gastarla en toda una vida.

—No le hagas caso —jadeó su tía, acercándose a ella de nuevo con forzada sonrisa—. Glenn es un cínico incorregible.

—Pero sincero, ¿no? —sonrió Tracy irónicamente.

—Casi tanto como tú, primita —susurró Glenn—. No se puede negar que te gusta coger al toro por los cuernos. ¿Cómo diablos pudiste salir con vida de aquel naufragio?

—Ni yo misma lo sé. Es una larga historia durante la cual ignoraba quién era...

—Sí, ya nos han contado eso —replicó Viveca—. Hablaremos de ello con más calma en otro momento, delante del abogado de la familia. Comprende que necesitarás explicar muchas cosas para justificar tu extraño y oportuno regreso...

—Por supuesto, tía Viveca —sonrió la joven—. Todo se explicará en su momento, no te quepa duda.

—Por favor, dejen ahora de discutir problemas familiares engorrosos —terció Lorna Warren, la mujer joven y hermosa que fuera secretaria personal de *sir* Guy en vida de éste, avanzando con sus brazos extendidos hacia Tracy—. Su padre me habló muchas veces de su pequeña Leilah, y sufría terriblemente al imaginar cómo debió morir en alta mar, al zozobrar aquel yate cerca de las Bermudas. Su único sueño era recuperarla a usted, como en un fantástico milagro que él mismo creía imposible. Lástima que no haya sobrevivido más tiempo, para tener este momento maravilloso en su vida... Soy Lorna Warren, su nueva amiga y ex secretaria de su difunto padre.

Ambas jóvenes se estrecharon calurosamente las manos, mirándose a los ojos con simpatía. Lorna era una mujer morena, de tez bronceada, cabellos negros y ojos oscuros y apasionados. Era muy joven, pero su propia naturaleza de hembra agresiva, la hacía parecer ligeramente mayor de lo que en realidad era.

Tracy besó la tersa mejilla de su nueva amiga y notó la presión firme de las manos de ella en las suyas propias, evidente prueba de que la que fuera secretaria de *sir* Guy no compartía la animosidad que otros ocupantes de la casa sentían hacia ella. Por encima de su hombro, Tracy también observó la sonrisa cordial y amistosa de Andrew Reed, el socio de *sir* Guy. Pero sabía que de él no podía fiarse. El Servicio de inteligencia tenía pruebas evidentes de que estaba actuando al servicio de los países del Este.

La joven dejó su bolso sobre un sofá, y captó la mirada curiosa que Glenn y Viveca fijaban en el mismo, sin duda deseando husmear en la documentación de la recién llegada. Por ese lado estaba tranquila. Sus documentos falsificados eran idénticos a otros legítimos, y sería imposible hallar en ellos el menor fallo.

—Creo que podremos pasar a almorzar dentro de unos minutos

—señaló Viveca en su papel de anfitriona—. Tú, Leilah, por favor, puedes subir a cambiarte o asearte tras el viaje. Te conducirá a tus aposentos en la planta alta. Aunque tengamos todavía mucho que discutir nosotras dos, y aunque personalmente diste mucho de estar segura de que tú eres en realidad la única y verdadera Leilah Brentwood, de momento eres mi huésped y, en apariencia, la heredera de Guy. Como tal has sido recibida y serás tratada... en tanto no exista evidencia absoluta de lo contrario. Te advierto noblemente que no vas a tener en mí una amantísima madrastra, ni tan siquiera una fiel amiga, en tanto no esté probado sin lugar a dudas que eres quien dices ser. Como ves, no pretendo jugar sucio contigo, querida.

—Gracias —respondió serenamente Tracy—. Estoy segura de que es mucho mejor así. Vengo dispuesta a luchar y a recibir zancadillas. Es preferible que la guerra sea leal, cara a cara, que una sucia lucha de guerrilla... tía Viveca. Acepto tus reservas y las comprendo. En tu lugar, seguramente yo obraría igual.

—Bravo —aprobó Glenn, con una carcajada—. Una vez puestas en claro las condiciones de la batalla, vamos todos al comedor. Les confieso que la idea de perder casi tres millones de libras, no ha logrado que pierda el apetito. ¿Puedo contar con el honor de que te sentarás a mi lado en la mesa, prima Leilah?

—Sí —asintió Tracy—. Será un honor, primo Glenn, también para mí. Aunque sé que deseas tanto como mi tía que yo sea una farsante, una suplantadora.

—Por supuesto. Seremos cordiales enemigos en todo momento, querida Leilah —aseguró solemnemente el joven Glenn Brentwood con ironía—. Pero eso no es obstáculo para que te encuentre realmente bonita y atractiva...

Viveca se encaminó escaleras arriba y, tras una leve duda, Tracy Marsh partió en pos de ella resueltamente. El mayordomo las siguió, portando el equipaje de la joven.

Abajo, el abogado Coleman soltó un agrio comentario entre dientes:

—No me gusta esa chica —confesó—. Demasiado ingenua en apariencia. Demasiado inteligente tras esa máscara, estoy seguro de ello.

—Ése será el problema de ustedes —rió Lorna Warren con

sarcasmo—. No van a tener a ninguna tonta frente a ustedes, disputándoles esa herencia, señor Coleman.

El abogado refunfuñó algo con malhumor, y se alejó hacia el cercano comedor de la mansión. Tras una pausa, también el socio de *sir* Guy, Andrew Reed, soltó una risita breve y añadió por su cuenta:

—La verdad, Lorna, es que esa chica, sea Leilah o no, me cae simpática.

—Y a mí, señor Reed, y a mí —corroboró suavemente Lorna, la mirada perdida en el piso alto de la casa.

En ese momento, sonó el timbre en el exterior. Lorna miró curiosa por la vidriera, mientras el mayordomo bajaba prestamente las amplias escaleras.

—Es un joven desconocido —comentó la secretaria—. Un forastero sin duda. Y bastante guapo... ¿A qué vendrá aquí?

No tardaron en saberlo. El mayordomo regresó, tras abrir la puerta al visitante.

—Es un tal señor Parks, Kenneth Parks, periodista —informó escueto—. Desea ver a la señora Brentwood. A causa de la muerte de su esposo... Es todo lo que ha dicho.

CAPÍTULO IV

Kenneth Parks contempló largamente a Viveca Brentwood. Ella se mantuvo serena, inescrutable.

—¿Por qué le interesa a la prensa la muerte de mi esposo? —preguntó ella al fin con evidente frialdad.

—Entre otras cosas, señora, porque era un hombre famoso y rico.

—No me gustan los periodistas. Son como buitres tras la rapiña de la noticia sensacionalista.

—Le aseguro que mi periódico, el *Mail*, nunca fue sensacionalista, señora.

—Conozco el *Mail* de Birmingham —replicó ella—. Se recibe en esta casa. ¿Usted es el columnista que se firma K. P.?

—ES mismo, señora. Me halaga que me haya leído a veces.

—Por eso lo entiendo menos aún. Ustedes no se preocupan demasiado de los ecos de sociedad.

—Una muerte no es sólo un eco social. Sobre todo, cuando reviste trágicas circunstancias, señora.

—El accidente fue trágico e infortunado, en efecto. Por eso prefiero que se hable poco de él. Es mejor así. Guy ya está muerto, y eso es lo único que cuenta.

—Lo sé, señora. Sin embargo, el *Mail* vino aquí por otra noticia muy distinta a la muerte de su esposo.

—¿Qué noticia? —se sorprendió Viveca Brentwood.

—La muerte de una simple criada, cerca del viejo molino.

—¿Oh, eso? —Pareció repentinamente escandalizada—. Un crimen vulgar, un suceso triste y sórdido... no puede relacionarse con un accidente como el de mi esposo, señor Parks...

—Sin embargo, ambos sufrieron una muerte parecida:

aplastamiento craneal. Y en ambos casos, los caballos de esta finca andaban cerca.

—Señor Parks, creo que su sugerencia es intolerable. Moore, nuestro mozo de cuadras ya ha explicado que los caballos nunca se aproximaron a esa desgraciada muchacha.

—Es posible. Pero sí lo hizo uno de ellos a su esposo. Y le mató.

—Señor Parks, ¿adónde pretende ir a parar con todo eso? —le cortó ella, glacial.

—Ni siquiera yo mismo lo sé. Pero en pocos días, dos muertes trágicas han tenido lugar en esta región: un asesinato oscuro y sorprendente, y ahora un accidente lo bastante raro como para resultar sospechoso, ya que ello causa la muerte de un hombre inmensamente rico, vecino del escenario del crimen inicial.

—Señor Parks, sus palabras son tan absurdas como inaceptables. Le ruego salga de mi casa. No estamos aquí para reportajes de ningún género, y menos tratando de convertir nuestra desgracia en simple carnada para la masa.

—Muy bien, señora. —Ken se levantó lentamente, con gesto endurecido—. Pero le advierto que mi periódico va a preguntarse muchas cosas mañana. Entre otras, por qué no se averiguó a fondo qué pudo causar la extraña locura homicida del caballo «Atila»... y por qué éste atacó tan ferozmente a su propio amo.

—Buenos días, señor Parks. No tengo nada más que decirle. Retírese, se lo ruego. No me obligue a que ordene su expulsión de esta casa.

—¿Qué es lo que sucede, tía Viveca? —Sonó una voz a sus espaldas—. ¿Por qué estás echando de casa a ese joven?

Con gesto contrariado, la viuda se volvió hacia la falsa Leilah. Se limitó a replicar con tono áspero:

—Todavía soy la dueña de esta casa, Leilah, no lo olvides. Tengo pleno derecho a indicar la puerta a quien no sea de mi agrado, eso es todo. Este caballero se marchaba ya.

—Cielos, no me diga que usted es Leilah Brentwood, la hija desaparecida hace años en el Atlántico norte... —murmuró Ken, con gesto de perplejidad, contemplando a la bella joven de cabellos rojos y pupilas verdes.

—Parece muy bien informado sobre mí, señor... —sonrió Tracy, curiosa.

—Bueno, sólo repito las cosas que me dijeron en Crudginton. Todo el mundo conoce el hecho. Pero nadie dijo que hubiera la menor esperanza de que usted regresara sana y salva, señorita Brentwood Ah, mi nombre es Parks. Kenneth Parks.

—Una herencia de seis millones obra milagros como el de la resurrección de Lázaro, señor Parks —comentó Viveca con ácida ironía.

—Ya veo. Sospecha un fraude, ¿no? —rió Ken mirando luego a la joven—. Evidentemente, si alguien mató a su padre por dinero, señorita Brentwood, debe haberse llevado una desagradable sorpresa con su llegada...

—¡Esto ya sobrepasa todo lo tolerable! —clamó la viuda con ira contenida—. No sólo sugiere un asesinato donde sólo hubo un accidente desdichado, sino que incluso se permite insultar a los demás con graves acusaciones... Señor Parks, márchese de inmediato.

—Sí, sí, ya me voy —sonrió él, con una cortés inclinación—. Lamento haberla ofendido tanto, señora. Pero si usted es inocente en todo eso, no tenía por qué molestarse por mis palabras. Ha sido un placer conocerla, señorita Brentwood.

—Igual digo, señor Parks —sonrió ésta a su vez, mirándole con simpatía—. ¿Es usted policía acaso?

—No —rió él, camino de la salida—. Solamente periodista. Pero he venido aquí para escribir sobre un asesinato extraño, señorita Brentwood. Tal vez tenga que escribir sobre dos, dadas las circunstancias... Hasta otro día.

Abandonó la casa. Airadamente, Viveca se enfrentó con su falsa sobrina.

—Ese hombre es un indeseable para esta casa —le recordó—. Te agradeceré que no te muestres amable ni amistosa con él~ Detesto a los periodistas entrometidos y escandalosos.

—Yo también —suspiró Tracy, pensativa—. Pero no se puede negar que el señor Parks, además de todo eso, resulta sumamente atractivo...

Y regresó al comedor, adonde no tardó en seguirle su supuesta tía Viveca, con la expresión hermética y los ojos fulgurando aún de rabia. O quizás de odio hacia el audaz reportero que había insinuado tan claramente la posibilidad de que la muerte de *sir* Guy

hubiera sido un asesinato y no un accidente. En realidad, Tracy Marsh también estaba pensando en eso mientras reanudaba el almuerzo con los demás, y un motor de coche se alejaba en el sendero, al retirarse el joven periodista.

* * *

Tracy Marsh no olvidaría fácilmente el día en que visitó a los cibernautas de *sir* Guy Brentwood.

Ello sucedió al día siguiente de llegar a Brentwood Mews y, por tanto, veinticuatro horas después de haber conocido al reportero del *Mail* de Birmingham, Kenneth Parks.

—Me gustaría visitar el laboratorio electrónico de papá —dijo ella a Viveca inesperadamente—. Me han hablado mucho últimamente de su afición a los robots.

—Oh, eso... —Ella pareció mostrar cierta contrariedad, aunque su rostro en seguida recuperó la inexpresividad habitual—. Te advierto que no son robots normales, de esos que causan terror en el cine. Yo más bien diría que se trata de simples juguetes inofensivos, muñecos ideados por tu padre para divertirse...

—Aun así, me encantaría verlos —insistió ella.

—Está bien —suspiró Viveca—. Ven conmigo. Los verás ahora. Pero te repito que no son como imaginas. Vas a sentirte defraudada, seguro.

Se puso en pie y la invitó a seguirla. Dominando su curiosidad y excitación, la joven agente de inteligencia siguió a su falsa tía camino de los sótanos de Brentwood Mews. Se había llevado una relativa sorpresa, porque había esperado desde un principio mucha más resistencia por parte de los herederos de *sir* Guy para que ella pudiera contemplar el santuario cibernético de su falso padre.

Resultó un cambio asombroso pasar de la vetustez clásica y tradicional de la mansión, a los sótanos del edificio, de modernísima estructura, muros de hormigón revestidos de pintura plástica, luces crudas y muy blancas, paneles encristalados y toda clase de sistemas electrónicos de seguridad para el cierre y apertura de los distintos conductos y puertas.

Las luces se reflejaron en muros, techos y suelos, dando un aire irreal, como de ciencia ficción al lugar donde Tracy Marsh había

entrado, en compañía de la viuda de *sir* Guy Brentwood. Los zumbidos o parpadeos de luces, marcaban los sistemas de células fotoeléctricas y controles de alta seguridad instalados por el fallecido millonario en el que, sin duda alguna, había sido su rincón predilecto, el mundo inquietante y mecanizado donde se encerraba en sus largas horas de aficiones cibernéticas.

Finalmente, unos paneles se abrieron silenciosamente al aplicar Viveca Brentwood una mano sobre un determinado punto en el que nada parecía haber, y penetraron en el verdadero *sancta sanctorum* del aristócrata. Allí donde su imaginación creadora había dado vida a una serie de máquinas capaces de actuar por control remoto.

—Aquí es, querida —dijo fríamente la viuda—. Ésos son los «amigos» de tu difunto padre.

Tracy no pudo por menos de estremecerse ante la visión que se le ofrecía en el amplio, aséptico y bien iluminado taller electrónico de su falso padre. Una hilera de inmóviles figuras parecían contemplarla burlonamente desde una remota dimensión a la que ella no podía acceder. Contra lo que había esperado, no se hallaba ante una serie de metálicas piezas de rostro acerado y aspecto mecánico, como tradicionalmente sabía ella que eran todos los robots que en el mundo han sido.

Aquellos cibernautas, en total cosa de una docena de ellos, perfectamente alineados contra un blanco panel, justo frente a un complicado tablero de mandos y una mesa de trabajo larga y repleta de instrumental electrónico, tenían algo muy especial, que ella no pudo por menos de mencionar, con voz insegura, mientras parecía tener sobre sí, con una fijeza maligna, las miradas de todo aquel pequeño ejército de seres metálicos:

—Pero... pero esos robots... parecen *humanos*. Tienen rostro... y dan la impresión de ser de carne y hueso, Viveca...

Ella asintió, con una vaga y enigmática sonrisa curvando sus bien moldeados labios.

—Así es —dijo desdeñosamente, apoyando una mano en los mandos, como al azar—. Ése fue uno de los hallazgos de tu padre, Leilah. Dotó a sus criaturas de una apariencia humana, mediante un material plástico asombrosamente parecido a la carne humana... Y para horror de Tracy, en ese momento uno de los robots de apariencia humana, un sonriente y rígido personaje de no más de

tres pies de estatura —todos ellos parecían auténticos enanos, de parecido tamaño—, comenzó a moverse lentamente hacia ella y elevó sus manos enguantadas como si fuesen garras de una feroz alimaña.

En el taller electrónico, sólo fue audible en esos momentos el leve zumbido que producían los mecanismos, bajo aquel cuerpo aparentemente humano, al funcionar movidos por la mano de Viveca Brentwood.

—Ya ves —dijo ésta con rara entonación de voz—. Si el que lo maneja quisiera, podría hacer que ese robot te matara aquí mismo y en este momento, querida Leilah...

El robot siguió avanzando hacia la joven sin que su inmutable rostro dejase de reflejar en todo momento aquella helada mueca, aquella sonrisa que parecía tener tan demoníaco significado...

—Párelo, Viveca —pidió con voz ronca—. ¡Párelo de una vez! No me gusta que se me acerque ese monstruo...

Ella rió suavemente y meneó la cabeza.

—¿Estás asustada, querida hijastra? —preguntó burlona, sin que el robot cesara de avanzar hacia Leilah, hasta el punto de acorralar a ésta contra un ángulo de la vasta sala subterránea—. ¿Temes realmente que él te asesine?

Las manos del robot se alzaron. Los dedos estaban engarfiados, amenazadores...

* * *

Kenneth Parks salió del hotel tras comunicar telefónicamente con la redacción del *Mail* en Birmingham.

Acababa de transmitir a su jefe. Sam Ritter, todo el artículo de la siguiente edición del diario. Un artículo que hablaba de la muerte de *sir* Guy, de un caballo inexplicablemente loco, y de una posibilidad de que alguien estuviera cometiendo asesinatos extraños en la región de Crudginton, por una oculta razón todavía sin aclarar.

Y en la crónica, jugándose el todo por el todo, relacionaba en su hipótesis la muerte brutal y no resuelta de una infortunada y humilde criada, con el posible asesinato de *sir* Guy Brentwood, bajo los cascos de su caballo predilecto.

—Esto puede ser dinamita pura, Ken —le había dicho Ritter, algo preocupado—. Piensa que *sir* Guy era un hombre rico e importante. Y que tiene un hermano en el Servicio de inteligencia del *Foreign Office*.

—¿Y qué?

—Nada, pero si no puedes probar lo que afirmas en tu crónica, es posible que los Brentwood nos echen encima a sus picapleitos con toda su furia.

—Correremos el riesgo —había respondido Parks—. Después de todo, tú lo dijiste, ¿recuerdas? Aquí podía haber noticia. Y las noticias hacen vender periódicos...

—Sí, pero no te pases, Ken. No me gustaría que nos llevaran a los tribunales. Eso posiblemente nos haría perder el puesto a ti y a mi.

—No temas. Procuraré encontrar la prueba necesaria para enfrentarnos a esos leguleyos.

—¿Dónde y cómo?

—Yo sé la forma. Tened todo a punto para recibir una gran caja de embalaje en Birmingham, mañana mismo, por vía férrea. Y avisad a la persona que os diré —le dio un nombre y unas señas en la ciudad—. Eso es todo por el momento.

—Espera, Ken. ¿Qué estás planeando?

—Algo que se me ha ocurrido, Sam. Espero que resulte.

—Ten mucho cuidado. Y no sólo con los abogados de los Brentwood. Recuerda que si estás en lo cierto, por esa región deambula un asesino peligroso. No vaya a hacerte a ti víctima de sus siniestros designios...

—Descuida, Sam —rió Ken con excelente humor—. Procuraré evitar ese problema, palabra.

Y colgó en ese punto, abandonando el hotel en que se alojaba para llevar a cabo la complicada operación que había planeado.

Inicialmente fue a una carpintería y encargó para aquella misma tarde, a última hora, una caja de embalaje de determinadas dimensiones. El carpintero aceptó, al recibir como anticipo diez libras por su trabajo, y Ken se encaminó luego a un almacén de artículos de plástico, donde encargó a su vez varias bolsas y envoltorios de considerable tamaño, así como varios rollos de papel metalizado. Pagó el encargo y pidió que se lo enviaran al hotel esa

misma tarde.

Posteriormente, pasó con su coche por una tienda de Crudginton, donde adquirió pico y pala, así como un rollo de fuerte cuerda y unos sacos. Cargó todo ello en su automóvil y regresó al hotel, esperando que oscureciese un poco. Miró su reloj. Dado el día, nuboso y con inicios de lluvia ya, calculó que no tardaría más de una hora en hacerse oscuro. Entonces sería el momento de llevar a cabo su operación.

* * *

Tracy Marsh contempló las manos enguantadas del robot, a menos de una yarda de distancia de ella. El zumbido mecánico en el pecho del autómatas, parecía indicar que seguía funcionando. Dentro de poco, la tendría arrinconada y podría usar contra ella aquellas manos que Tracy intuía metálicas, mortíferas, capaces de desgarrarle sin dificultades.

—¿Qué pretendes? —jadeó, disponiéndose a vender cara su vida a la desesperada, enfrentándose a un cibernauta programado para matar—. ¿Por qué no paras de una vez a ese maldito muñeco, Viveca?

Ella se echó a reír. Los dedos del robot casi rozaban ya su cuello, su rostro. Tracy se dispuso a luchar, aun preguntándose si podría enfrentarse a una máquina con posibilidades de éxito.

Súbitamente, el zumbido cesó. Viveca había apartado su mano de los controles. La oyó suspirar y captó su sonrisa irónica mientras el robot se inmovilizaba, con aquella mueca helada impresa indeleblemente en su brillante faz de plástico blando, color carne.

—Ya ves, querida —murmuró la viuda—. Es sumamente fácil convertir en asesino a uno de estos muñecos de Guy. Pero él no los hizo con esa intención, ni mucho menos. Son totalmente inofensivos.

—Yo no estaría tan segura —jadeó Tracy, sintiendo cierto temblor nervioso en sus rodillas, pese a su serenidad habitual. Miró desconfiada hacia el robot enano, y pasó rápida por su lado, saliendo del rincón sin que ocurriera nada—. Me has dado un buen susto.

—Quise demostrarte lo peligroso que era el trabajo de Guy. Pero

tu padre jamás programó a uno de sus muñecos para hacer daño. Verás ahora. Ven tú misma y maneja los controles.

Tracy se inclinó sobre los mandos. Uno de los botones tenía una letra «A». Era rojo. Ella lo señaló con gesto pensativo.

—Significa que es el botón de «Ataque». Presiónalo y dirige el robot contra mí. No tengas miedo. Yo no quise completar la prueba contigo porque te vi realmente asustada. Yo no voy a asustarme. Hazlo, querida Leilah. Sin temor alguno.

Con una palanca, situó al enano mecánico ante Viveca. Algo incómoda, presionó el botón de «ataque». Vio avanzar al cibernauta hacia su falsa madrastra. Alzó las manos. Zumbó su mecanismo apagadamente. Comenzó a acorralar a Viveca.

Ésta sonreía, mirando al robot sin temor. Pero Tracy apartó su mano del botón. El muñeco se detuvo. Viveca la apremió, disgustada:

—¡Vamos, vamos, no hagas tonterías! Te dije que no ocurre nada. Sigue dirigiéndole, por favor. Hasta el fin. No vaciles.

Siguió oprimiendo el botón. El robot reanudó su marcha, llegó a acosar a Viveca hasta no dejarla evasión posible. Luego alzó sus manos. Tracy respiró hondo, asustada y a punto de apartar de nuevo la mano. Pero Viveca la apremió:

—¡No sueltes el botón! ¡Sigue, sigue!

Siguió, mirando como hipnotizada al robot. Éste aproximó sus manos enguantadas, rígidas, hacia el rostro y cuello de Viveca. Y de pronto, se detuvo. Cesó el zumbido. Meneó negativamente la cabeza. Bajó los brazos, y hubo una luz roja brillando en el fondo de sus pupilas vidriosas.

Viveca presionó en vano el botón. El robot no funcionó.

—Te lo dije —susurró la viuda—. No atacan. Su programación rechaza toda agresividad. No están hechos para dañar a nadie. Pero quise que vieras esto en acción. Imagina lo que serían capaces de hacer esos muñecos, en manos capaces de alterar su programación y usarlos para el mal... Guy lo sabía y siempre mantuvo su pequeño grupo de autómatas lejos del alcance de todo el mundo. Sólo él podía manejarlos. No se fiaba de nadie, porque decía que lo más inofensivo del mundo, puede ser un arma mortal en manos criminales. Y tenía razón, querida. Ahora que has visto todo esto, ¿nos vamos ya?

—Sí, desde luego. —Tracy miró a los autómatas, mientras Viveca desconectaba la máquina. Sus ojos se fijaron en el rostro serio e impávido de uno de los robots enanos, cuya gravedad producía una impresión de sombría amenaza. Pasó junto a ellos y tocó sus cuerpos. Mostró sorpresa al hacerlo. Sus dedos se hundían en su cuerpo, como si éste fuese un simple globo o una almohada de espuma—. ¡Eh, son *blandos*!

—Así es —asintió Viveca—. Era uno de los grandes avances cibernéticos de Guy. Creó robots de plástico *hinchables*. Sólo su cabeza y sus manos son de metal, bajo la apariencia de carne imitada en plástico. En el cráneo tienen todos los circuitos electrónicos y mecanismos. El resto del cuerpo es plástico ligero, hinchado. Fáciles de manipulan de trasladar, e incluso de ocultar, si se les desinfla. Como ves, una innovación en la cibernética.

—¿Qué piensas hacer con todo esto, Viveca? —fingió una curiosidad relativa al hacer Tracy esta pregunta.

—Aún no lo sé. Tu primo Glenn quiere venderlos a alguien interesado en ello. Tenemos una importante oferta de un conocido profesor en cibernética de nuestro país, el profesor Terence Gordon. Y otra oferta del profesor Ingmar Sorensen, un noruego mundialmente famoso en la misma especialidad. Pero todavía no he tomado una decisión al respecto. Es posible que ahora esa decisión te corresponda a ti... si los tribunales deciden que eres, realmente, la hija legítima de Guy.

Y la miró con malévola ironía, mientras regresaban arriba, a los viejos muros de artesanado, a las grandes vidrieras y los viejos muebles isabelinos, lejos del aséptico y gélido sótano, convertido en nido de misteriosos e inquietantes robots.

Éstos habían demostrado, en efecto, ser totalmente inofensivos. Pero aun así, Tracy Marsh no se sentía absolutamente tranquila sabiendo que aquella pequeña legión de enanos cibernautas de plástico se hallaban inmóviles bajo el suelo que pisaba.

CAPÍTULO V

Ya había oscurecido totalmente cuando Ken Parks rodeó las altas cercas de Brentwood Mews y escudriñó las instalaciones de los establos y cuadras destinados a los excelentes ejemplares equinos propiedad de la familia.

Desde la distancia, acurrucado en un altozano, entre frondosos arbustos que la llovizna mojaba tan insistentemente como a él mismo, contemplo las actividades de Moore, el mozo de cuadras, yendo de establo en establo, para dar los últimos cuidados del día a los caballos allí encerrados. Observó que se pasaba de largo uno de los alojamientos. Sin duda, allí era donde había estado «Atila» hasta el día en que pateó mortalmente a su amo y tuvo que ser muerto a tiros por Glenn Brentwood.

Cuando Moore se introdujo en la casa. Ken descendió del altozano, salvando una de las cercas posteriores, para cruzar un pequeño prado y llegar a los establos. Actuaba sigilosamente, porque si era descubierto dentro de la propiedad, le iba a ser muy difícil explicar las razones y eludir el peso de la justicia.

Liego ante los alojamientos destinados a los caballos. Miró con una pequeña linterna, justo ante el que aparecía desierto. Manchas de sangre seca, mezcladas con briznas de heno y tierra mojada, fueron visibles bajo el delgado rayo de luz de la lámpara. Allí, sin duda alguna, había sido abatido «Atila», tras su inexplicable agresión a *sir* Guy. Ken siguió el rastro de sangre seca, gotas gruesas, aún visibles a lo largo de varias yardas. Finalmente, el reguero se detuvo, desapareciendo por completo a la altura de unos montículos de tierra y hierbajos, en un punto situado junto a la cerca de la casa en su parte posterior.

Ken examinó el terreno. Aparecía removido y posteriormente

aplanado. Como si hubiesen enterrado algo allí. Recogió de su coche pico y pala y comenzó a cavar.

La lluvia arreciaba, dificultando la operación, pero haciendo más improbable que fuese advertida su presencia, ya que a la oscuridad de la hora, se unía la inclemencia del tiempo, y nadie abandonaba el confortable techo de Brentwood Mews. Las luces brillaban ya en la planta baja de la mansión.

Ken dejó pronto al descubierto el cuerpo de un caballo. Despedía ya un fuerte hedor. Se tapó boca y nariz con un pañuelo empapado en alcohol, y procedió a atar los sacos en torno al cuerpo del animal, pasando luego las cuerdas bajo el mismo. Las pasó al otro lado de la cerca, tapó la fosa de nuevo, y salió de la propiedad.

Fue duro y trabajoso ir tirando de las cuerdas, para hacer pasar el cuerpo del caballo muerto por encima de la verja hasta caer al otro lado. Cuando terminó, no sólo estaba empapado en agua de lluvia, sino en sudor, y las manos le ardían dolorosamente, pese a llevar guantes. Con agujetas en los músculos de sus brazos, pudo ir envolviendo al animal en plásticos y papel de aluminio, hasta formar con él un extraño amasijo que cargó dentro del coche. Por fortuna, éste era un vehículo familiar, de asientos abatibles, y pudo acondicionar detrás el cadáver equino.

Con él en su coche, se encaminó a Crudgington. El embalaje esperaba ya en el hotel. Sorprendido, el conserje le comunicó que lo tenía almacenado en el patio trasero del establecimiento. Era el sitio más adecuado.

Ken dio las gracias, metió el coche allí y cargó con el cuerpo del caballo, ayudado por las cuerdas, hasta introducirlo de golpe en la caja. Cerró ésta, la aseguró y rotuló el exterior con las señas del *Mail* en Birmingham. Luego, condujo el coche, llevando consigo el cajón, hasta la estación ferroviaria, donde depositó su carga, pagando los portes de remesa urgente. Al otro día, el cuerpo del caballo estaría en Birmingham. Y el veterinario avisado por Ritter, podría analizar los restos del animal, en busca de la causa de su repentina locura homicida.

Ya estaba todo hecho, pensó Ken con alivio, sintiéndose terriblemente agotado por el esfuerzo. Abandonó la estación y se encaminó a su coche, aparcado frente a la misma, fuera del andén por supuesto, bajo la incesante lluvia, ligera pero persistente, capaz

de calar hasta los huesos, como él estaba en esos momentos.

Había dejado el coche con los faros encendidos. Por ello descubrió al hombrecillo junto al vehículo, como si le estuviera esperando.

Ken arrugó el ceño. Parecía ser un enano. Calculó que no mediría más de tres pies de estatura, vestía un impermeable oscuro y una gorra de mezclilla marrón. Sus manos enguantadas aparecían extendidas, inmóviles en sus rígidos brazos.

Avanzó unos pasos. Observó que la luz de los faros de su coche reflejaba un brillo que la lluvia hacía más intenso, en el rostro redondo, inexpresivo y extraño del personaje repentinamente aparecido.

El reportero sintió un escalofrío. Recordó de inmediato la descripción de Moore, el mozo de cuerdas:

—«Me daba la espalda... Vestía un impermeable oscuro, creo que gris... y una gorra de cheviot marrón... Era muy pequeño. No más de tres pies de altura...». El enano.

El misterioso personaje desaparecido junto al cadáver de Abigail, la criada. Y ahora estaba allí, bajo la lluvia. Frente a él.

—Eh, amigo, ¿qué hace aquí? —preguntó Ken, parándose receloso, la mirada fija en el singular personaje.

No obtuvo respuesta. En medio del martilleo sordo de la lluvia, captó un raro sonido. Era como el zumbido de un abejorro. Pero metálico.

«Como un insecto zumbando dentro de una lata vacía», había dicho Moore, refiriéndose a ese sonido.

Y procedía de él. Del enano. Estaba seguro de eso.

Observó que el personaje comenzaba a moverse ahora. Avanzaba hacia él con larga pero lenta zancada. Alzó sus brazos. El rostro era una máscara hermética que no se alteraba. Parecía de carne y hueso, pero sus músculos mostraban una rara inmovilidad facial. No resultaba *humano*, pensó Ken, alarmado, empezando a retroceder lentamente.

Chapoteaban en el agua los chanclos del enano, mientras maniobraba hacia él. Ken tropezó con algo. Miró a sus espaldas y maldijo. La tapia de la estación le cerraba el paso en ese punto. Miró hacia la puerta de acceso al andén. Le pillaba algo desviada a su izquierda, pero cuando intentó desplazarse hacia allá, el enano le

cerró el paso.

El endiablado ser se movía con más rapidez y astucia de lo que pensara. Era como si hubiese adivinado sus intenciones.

—¿Es que no sabes hablar? —preguntó Ken agriamente, encarándose con el enano—. ¿Qué clase de tipo eres que apareces y desapareces como por ensalmo? ¿Qué se te ha perdido aquí, monigote?

No dio la impresión de que lograra irritarle. El pequeño ser se movió hacia él, implacable. Ken observó sus manos, engarfiadas como garras, y lamentó no llevar un arma encima. Evocó, demasiado tarde, las palabras de su jefe: «Ten cuidado, Ken. Recuerda que si tu teoría es cierta, un asesino anda suelto por ahí...».

No sabía por qué, pese a ser muchísimo más alto, ágil y fuerte, sentía cierto respeto temeroso hacia aquel ser inquietante. Había en él, en sus movimientos, en la carátula siniestra de su rostro, algo estremecedor, deshumanizado, que causaba terror.

—Muy bien —dijo Ken, resueltamente—. Veremos si te decides a atacar, enano.

Se inclinó rápido, tomando una rama del árbol que había en tierra. Era relativamente gruesa y bastante larga. Podía mantener a raya a un enemigo, siempre que éste no utilizase un arma de fuego contra él, cosa que no parecía ser la intención de su extraño enemigo.

Se acercó resueltamente al pequeño ser, enarbolando la rama, con la que se defendía como si esgrimiera una espada, protegiéndose de cualquier proximidad peligrosa. Pronto se dio cuenta de su error.

Al enano le bastó un súbito, fulminante manotazo. Alcanzó la rama. Y ésta se quebró en dos, con un chasquido. Era como si la hubieran descargado un hachazo.

Parks pestañeó, aterrado. Menos de una tercera parte de la rama quedaba en su mano. Resultaba inútil seguir utilizándola, y la tiró. Aquellas manos eran como hojas de acero. Empezó a verse en serios apuros. El enano estaba demasiado cerca.

Se movió hacia adelante con una celeridad imprevisible, y le lanzó un golpe al rostro. Ken tuvo reflejos suficientes para agacharse. Zumbó el brazo sobre su cabeza, y el manotazo pareció

cortar el aire con el ímpetu de un mazo de bronce. Estuvo seguro de que, de ser alcanzado, le hubiese roto el rostro como si fuese de vidrio. Se estremeció, recordando la descripción del cadáver de Abigail Simmons.

Retrocedió, sudoroso, corriéndole la lluvia por cabellos y rostro, mientras el enano se revolvía en un palmo de terreno y disparaba de nuevo sus manos contra él. Como dos aspas de molino, sus brazos zumbaron en el aire, buscando su cabeza. El choque de ambas manos en el muro de la estación de ferrocarril, sonó como un golpe de ariete. Se desprendieron ladrillos y estuco, abriéndose dos boquetes en la pared. Ken se estremeció, contemplando esos efectos con horror.

Ahora ya sabía qué era lo que había triturado el cráneo de Abigail, pero el misterio crecía de punto. Aquel ser no parecía humano. No podía serlo. Nadie tiene unas manos capaces de cosas así, ni siquiera un karateka. Y aquel tipo distaba mucho de ser un karateka, aunque cada golpe de sus manos fuese como un hachazo o un taladro.

Maniobró, intentando salir del acorralamiento. Pero era difícil, por no decir imposible. A cada movimiento suyo, el enano se situaba rápido ante él, cerrándole todo posible paso hacia su coche. Éste, bajo el aguacero, en la negra noche otoñal, era su única esperanza de huir a la amenaza de muerte.

Jadeante, con rostro convulso, vio situarse entre él y su coche, recortándose contra los faros encendidos la siniestra silueta del pequeño monstruo. Sus manos siempre adelantadas, a punto de golpear, eran una amenaza mortal inexorable. Observó su maniobra, la forma que tenía de bloquearle el paso, y una idea cruzó la mente de Ken con fulgurante rapidez.

Ignoraba si con el cansancio actual, sería capaz de tal hazaña. Pero siempre había sido un buen atleta, ágil y capaz de ciertas acrobacias. Ahora tenía que intentar algo que podía significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Se decidió. Tomó carrera, como si fuese a atacar al enemigo. Éste se mantuvo quieto, y disparó sus brazos hacia él, como dos instrumentos de muerte. Ken tomó impulso al llegar a poca distancia de esos brazos mortíferos. Y saltó.

Saltó como cuando era un muchacho, en la escuela superior. Un

salto formidable, de más de tres pies de altura. Justo por encima del cuerpo del enano, flexionadas sus piernas sobre la cabeza del monstruoso personaje.

Y cayó al otro lado, iniciando la carrera sin parar. El enano se revolvió, veloz, emitiendo su cuerpo zumbidos roncós. Nunca como ahora se parecía a un abejorro furioso.

Pero ya no podía nada contra la rapidez y viveza de los movimientos de Ken Parks. El joven reportero penetró en su coche, lo puso en marcha en décimas de segundo, y proyectó sus faros con toda intensidad sobre el rostro inmóvil del monstruo. Pareció como si realmente pudiera cegar a aquel ser de cara deshumanizada, porque éste vaciló, inseguro. Ken lanzó el coche contra él, dispuesto a arrollarle sin contemplaciones.

Rugió el motor, el coche levantó un alud de agua de lluvia y pasó por el punto donde momentos antes se hallaba su extraño adversario.

Pero notó que no arrollaba a nadie. Las ruedas no aplastaban cuerpo alguno. Viró con rapidez, haciendo maullar los neumáticos sobre piedras y fango, para enfocar los faros hacia donde tenía que estar su contrincante.

No descubrió nada. Los faros iluminaron una amplia zona del terreno, totalmente vacía. No había el menor rastro del enano. De nuevo giró su vehículo, proyectando la luz sobre la tapia de la estación. El reflejo hizo destacar nítidamente el contorno. Ni aun así vislumbró a su enemigo, igual que el día en que muriera Abigail, el enano había desaparecido como si se lo tragase la tierra.

Ken no trató de averiguar nada más. Aceleró la marcha del vehículo y regresó apresuradamente a la población. Respiró con alivio al rodar por entre las luces de las calles de Crudginton, de regreso al hotel. El sudor y la lluvia formaban una mezcla helada sobre sus ropas y piel.

No olvidaría nunca, mientras viviera, aquel extraño enfrentamiento en la noche, contra un enano aparentemente no humano, de rostro inmóvil, ojos vidriosos y manos como hachas o barrenos, capaces de triturar cuanto se pusiera a su alcance. Capaces de matar.

Pero ¿por qué? ¿Y por orden de quién?

Se dirigió previamente a la oficina del constable Rogers y le

refirió lo sucedido. El policía local prometió investigar el asunto, pero Ken advirtió en su tono cierto escepticismo que le convenció de que no iba a ganar gran cosa con su denuncia.

Una vez en el hotel, se bañó y cambió de ropas, bajando a cenar. Sus esfuerzos por enviar el cadáver del caballo «Atila» a Birmingham habían despertado su apetito, pero la última peripecia con el diabólico personaje mermó mucho sus entusiasmos a la hora de enfrentarse con el consomé, la carne al horno y el *pudding*. En cambio, se bebió toda la botella de vino antes de sentirse más entonado y poder pensar en aquel monstruo pequeño y maligno que estuvo a punto de asesinarle como hiciera con Abigail Simmons.

Un repentino estruendo fuera, que hizo temblar los cristales del comedor y oscilar las luces, le sobresaltó en sus pensamientos. Tormenta, pensó. Empezaban a sonar truenos y por los ventanales asomó el destello cárdeno de las chispas eléctricas.

Intrigado, observó a un caballero que se sentaba en una mesa próxima a la suya, y que a la hora del almuerzo no había visto por allí. Tenía el aspecto de un hombre preocupado por algo. Unas gruesas gafas cabalgaban sobre su nariz aguileña, la mirada de los ojos grises era viva e inteligente, y vestía con cierto descuido. La doncella del hotel le sirvió la cena.

Ken, al servirle ella el *pudding*, le preguntó en voz baja:

—¿Quién es el nuevo huésped?

—Un caballero de Londres, al parecer muy importante —explicó confidencialmente la muchacha, inclinándose sobre él de tal modo, que casi le puso los grandes pechos en la cara—. Dicen que es un científico que ha venido a Crudginton a adquirir por un alto precio los robots del difunto *sir* Guy. Se llama Gordon. Sí, profesor Terence Gordon.

—¿*Robots*? —preguntó Ken, estupefacto, dejando caer el cuchillo en el mantel—. ¿Qué robots?

—Oh, ¿es que no lo sabía? —La doncella del busto prominente sonrió con expresión de picardía—. *Sir* Guy era un hombre muy raro. Su gran afición parecían ser los juguetes. Pero juguetes caros, que él mismo construía. Dicen que tenía una colección de muñecos mecánicos realmente maravillosa... y eso es lo que ha venido a comprar ese caballero de la mesa de al lado. Caprichos de gente rica, supongo.

Y suspiró, alejándose hacia la cocina con la bandeja y los servicios recogidos.

Ken miró de soslayo al vecino de mesa. Repentinamente, un nuevo factor entraba en juego en su tarea periodística. Trató de jugar la baza de la sorpresa con el forastero.

—Perdone, profesor... —comenzó.

—¿Sí? —El otro se volvió a él y le miró a través de los gruesos vidrios de sus lentes, al tiempo que arrugaba ligeramente el ceño—. ¿Me conoce, señor?

—¿Quién no conoce al profesor Terence Gordon? —sonrió Ken afable. Le tendió una de sus tarjetas de visita—. Kenneth Parks, del *Mail* de Birmingham.

—¿Periodista? —leyó su tarjeta con cortés afán y volvió a mirarle—. No sabía que la prensa no especializada me prestase su atención, señor Parks, sinceramente.

—Bueno, mi caso es distinto —mintió Ken con toda frialdad—. He escrito algunos artículos sobre robots y electrónica aplicada a mecanismos en movimiento, profesor.

—¿De veras? Me interesaría conocer alguno de esos artículos, la verdad.

—Le enviaré todos ellos a la primera ocasión —siguió mintiendo Ken con todo cinismo y sangre fría—. Pero naturalmente, a una personalidad como usted le parecerán carentes de auténtico valor.

—No, por Dios, señor Parks, no sea modesto. En cibernética, la verdad es que todos somos todavía un poco alumnos y principiantes. La amplitud del campo es inmensa. Infinita, diría yo. Llegará día en que el hombre logrará una máquina capaz no sólo de pensar, sino de sentir y sufrir.

—Estoy seguro de eso, profesor. ¿Y qué me dice de los trabajos de *sir* Guy Brentwood?

Yo estoy aquí por ese motivo precisamente... y supongo que usted también.

—Vaya, mi querido amigo, veo que realmente es un experto en la materia —sonrió algo evasivo el científico, jugueteando con sus cubiertos—. Creo que *sir* Guy, pese a ser un simple aficionado, avanzó mucho en ese terreno. Vi algunos de sus trabajos y quedé admirado. Por fortuna, siempre se dedicó a ello como *hobby* y no con fines lucrativos. Una tarea así, al servicio de su país o de otro

cualquiera, hubiera supuesto una fortuna para él. El profesor Sorensen, mi colega de Oslo, dijo en cierta ocasión que se podía crear el más espantoso y destructor ejército, y al mismo tiempo el más barato e invulnerable, con los avances cibernéticos y las técnicas de *sir* Guy, si éste lo quisiera realmente. Por desgracia, me temo que el profesor Sorensen está en la actualidad demasiado ligado a movimientos políticos e ideológicos nada acordes con Inglaterra ni con Occidente, y sería un desastre que los herederos de *sir* Guy vendiesen los secretos cibernéticos de *sir* Guy a ese hombre. Por eso he venido personalmente aquí, en un esfuerzo desesperado por adquirir ese material y los planos y proyectos del infortunado Brentwood al mayor precio que puedo pagar. Me apoya financieramente el Instituto Británico para la Cibernética Industrial, pero me temo que no lleguemos ni a la mitad de la oferta de Sorensen y sus aliados.

—Pero siendo algo patriótico por medio, no van a vender a un postor extranjero que podría causar grave daño a Inglaterra...

—No esté tan seguro, señor Parks —se lamentó el científico—. Conozco bien a *lady* Brentwood y a su sobrino Glenn. Son personas para quienes sólo existe una cosa: el dinero.

—Pero ha aparecido una nueva heredera —señaló Ken—. La hija de *sir* Guy, dada por muerta durante nueve años... Ella es la heredera de todo. La he conocido y me parece una joven nada ambiciosa y muy agradable...

—¿De veras? —Los ojos del sabio cibernético se animaron—. Eso me tranquiliza en parte, señor Parks. Mañana a primera hora iré a visitarles a Brentwood Mews... y sólo espero que esos hallazgos de *sir* Guy se queden para siempre en Inglaterra, a salvo de manos extranjeras.

—Así sea, profesor Gordon —dijo Ken, terminando su *pudding* y apurando la última copa de vino. Se puso en pie—. Ahora, discúlpeme. Debo hacer varias cosas aún antes de acostarme. Ha sido un placer conocerle.

—Igual le digo —respondió el científico estrechando su mano—. Y no se olvide de enviarme esos periódicos en cuanto le sea posible. Se lo agradeceré mucho.

Ken asintió, recogiendo la tarjeta de visita del profesor, y se retiró del comedor prestamente. No subió a su habitación. En vez de

ello, salió y tomó su coche de nuevo.

Esta vez se dirigió a Brentwood Mews nuevamente, a través de la lluvia y de la noche tormentosa. Pero no clandestinamente, como en la ocasión anterior. Ahora se disponía a visitar a los Brentwood, le gustase o no a la viuda de *sir* Guy.

CAPÍTULO VI

—Pase, señor Parks. Por fortuna, Viveca, mi madrastra, se ha retirado a descansar apenas terminó la cena —sonrió Tracy—. De otro modo, dudo mucho que viese de buen grado su presencia en esta casa, y menos a semejantes horas.

—Admito que soy muy inoportuno al venir en estos momentos aquí, y más con semejante nochecita —dijo Ken humildemente—. Pero creí que era importante hablar con ustedes, los Brentwood, de cosas que quizá no admitan demora.

—Estamos dispuestos a escucharle, ¿verdad, primo Glenn? —indagó Tracy, volviéndose al sobrino de *sir* Guy.

—Sí, sí, por supuesto —asintió éste, con un leve encogimiento de hombros—. La Prensa no me asusta, Parks. Sea usted bienvenido a casa. ¿Desea cenar algo?

—No, gracias. Ya he cenado.

—¿Una copa entonces? —ofreció Tracy.

—Sí, gracias —asintió Ken—. Brandy, por favor.

—Pase al *living* —invitó la muchacha—. Charlaremos más confortablemente allí, señor Parks.

—Es muy amable, señorita Brentwood —manifestó Ken, siguiendo de buen grado a la joven heredera.

Se quedaron fuera Lorna Warren, la secretaria de *sir* Guy, y Andrew Reed, el socio. Glenn había partido en pos de su prima y del recién llegado. Ambos se miraron, pensativos.

—No me gustan los periodistas, diga Leilah lo que diga —silabeó lentamente Reed—. Y menos los entrometidos como ese joven.

—Después de todo, ella es la heredera —sonrió Lorna—. No podemos negarnos a que se haga su voluntad, señor Reed.

—Si, por supuesto. —Andrew paseó, hundidas las manos en los

bolsillos de su pantalón—. Lorna, ¿cree usted de veras que esa muchacha es la verdadera hija de *sir* Guy?

—¿Por qué no habría de serlo? Tiene clase, es hermosa... y tiene la señal de nacimiento en su hombro, recuérdelo.

—Aun así, sigo teniendo mis dudas, Lorna. ¿Usted no?

—Bueno, es posible que todos dudemos un poco, pero a mí me gustaría que ella fuese realmente quien dice ser. Sólo por ver la cara de Coleman y la de Glenn, valdría la pena.

—Pues imagine la de Viveca, si tiene que renunciar a la herencia por la presencia de esa muchacha. Ella sabe contenerse, pero va a recibir un golpe mortal.

—Tengo entendido que el señor Coleman ha llamado a Londres para que se persone aquí un hermano del difunto, un tal Norman Brentwood...

—Oh, sí, un alto funcionario del Gobierno de Su Majestad —recordó Reed, arrugando el ceño—. Alguien relacionado con el espionaje y el contraespionaje, según creo.

—Qué emocionante, ¿no? —comentó Lorna, sonriendo.

—Hum, no sé. No me fió de la gente que trabaja de espía, Lorna. Ni siquiera de los que lo hacen a favor de Inglaterra.

—Pero su testimonio puede ser decisivo, si identifica a esa joven como su sobrina.

—Por supuesto. Aunque como todos nosotros, sólo puede recordar a una niña de diez años, no a una jovencita de casi veinte años como es ahora.

—Recuerdo que *sir* Guy siempre tuvo la corazonada de que su hija había sobrevivido al naufragio —comentó Lorna, con la mirada perdida en el vacío—. A todos nos parecía un absurdo, pero ahora ya no estamos tan seguros, ¿verdad, señor Reed?

—Cierto, Lorna. Ya no estamos tan seguros —asintió el socio de *sir* Guy, ceñudo. Y se alejó, dejando sola a Lorna Warren en el amplio vestíbulo de la mansión.

* * *

—De modo que ha venido por eso...

—Sí, señorita Brentwood. Creí que debían ustedes saberlo de antemano.

Tracy Marsh se puso en pie. Su rostro atractivo y juvenil aparecía ensombrecido por el relato recientemente escuchado en labios de Kenneth Parks. Glenn, estupefacto, se limitaba a asistir a la escena, pero había servido una segunda dosis de *brandy* en su copa, bebiéndosela de un trago.

La joven paseó por el *living*, frotando sus manos con aire nervioso e inquieto. Ken se limitó a contemplarla, saboreando lentamente su *brandy*, sin moverse del asiento. Fuera, la lluvia caía con fuerza, y frecuentes relámpagos iluminaban las vidrieras, tras los cortinajes, haciendo vacilar las luces de la casa.

—¿Está seguro de que la persona que le atacó esta noche junto a la estación... *no era una persona*? —preguntó, tensa.

—Absolutamente. Sus manos eran como cuchillos, hachas y taladros, todo en una pieza. Era capaz de aplastar cabezas humanas como huevos crudos. Ni un karateka haría algo así.

—¿Es usted karateka acaso? —replicó ella vivamente.

—No. Pero tengo dos amigos que lo son. Y les he visto actuar. Era distinto. Algo frío, mecánico, implacable. Como una máquina puesta en marcha. Aseguraría que era un robot, señorita Brentwood.

—Y ha relacionado a ese robot con esta casa...

—¿Por qué no? Su difunto padre posee una colección de robots muy perfectos. El profesor Gordon está en Crudgington para adquirirlos, antes de que otro científico menos de fiar se haga con ellos por un precio mucho más elevado.

—No se venderá nada mientras yo sea la heredera, señor Parks. ¿Eso le tranquiliza?

—Sólo de momento. Supongamos que un tribunal decide que usted no tiene pruebas suficientes para demostrar que es quien dice ser. ¿Qué ocurriría entonces?

—Eso son tonterías —terció Glenn roncamente—. Los robots de mi tío no salen nunca de esta casa. Sólo él los manejaba. Están almacenados abajo. En cuanto a venderlos a alguien... lo natural es que sea al mejor postor, venga de donde venga.

—¿Aunque ese comprador sea una persona asociada con gente de... digamos cierta potencia del Este? —replicó fríamente Ken, clavando sus ojos en el joven.

—Tonterías. Estoy seguro de que esas potencias son muy capaces de crear cosas mucho más avanzadas y perfectas que las de mi tío.

—Se equivoca, amigo mío. El profesor Gordon es una eminencia de la cibernética y ha venido hasta aquí por esos ingenios. Sorensen también es un notable cibernético y desea lo que construyó y planeó su tío. Es evidente que *sir* Guy tenía una rara habilidad, un genio especial para crear máquinas capaces de imitar al ser humano. Esa genialidad suya es obvio que alcanzó un grado desusado. Y que pudo crear algo imprevisible y valioso para muchos. Su *hobby* se convierte así en un precioso tesoro para alguien. Y comienzan los problemas, las dificultades. Señorita Brentwood, ¿cree usted que su padre vendería a nadie su colección de robots y sus inventos en la materia?

—Por lo que he oído decir de él... no lo creo —suspiró Tracy.

—Rotundamente, no. El nunca vendería lo que más amaba —añadió Glenn—. Se lo oí decir muchas veces.

—Entonces, quizás alguien pensó que era mejor deshacerse de *sir* Guy.

—¿Qué quiere decir? —Gruñó Glenn—. Fue un accidente. Su caballo...

—Sé lo que hizo su caballo. Pero no por qué lo hizo. Usted lo mató, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo diría que estaba ese animal entonces? ¿Como enloquecido?

—Sí, ésa sería la palabra. Loco del todo. No se podía hacer otra cosa con él.

—¿Cree que un caballo es tan estúpido como para ingerir plantas venenosas que le enloquezcan?

—Cualquiera puede cometer un error. Incluso un animal.

—Pero es mucho más improbable que el error de una persona. Ellos tienen algo llamado instinto. Personalmente, opino que alguien inoculó esa locura homicida a «Atila». Y ese alguien podría tener interés en deshacerse de *sir* Guy... a causa de sus robots.

—Eso es un puro disparate —rechazó Glenn, airado.

—Supongamos que fuesen así las cosas. —Tracy se acercó a él, mirándole muy fija—. ¿Por qué tendría que haberle atacado *a usted*, precisamente, uno de esos robots?

—Tenía un motivo para ello. —Ken se mordió el labio, sin explicarlo—. Debieron vigilarme y seguirme mientras hacía cierta

tarea. Por eso, preocupado por mi intervención en el asunto, me enviaron un robot asesino. El mismo que, por causas ignoradas, debió asesinar a Abigail, la novia de su mozo de cuerdas.

—Es imposible, Parks —rechazó Glenn con acritud.

—¿Imposible? ¿Por qué?

—Porque nadie puede utilizar esos robots. Están encerrados en el sótano. No hay quien sepa manipularlos.

Y menos aún quien esté autorizado a bajar a las instalaciones donde trabajaba mi tío.

—Es cierto —confirmó Tracy—. Yo misma bajé a verlos en compañía de mi madrastra. Todo funciona mediante sistemas electrónicos de seguridad. Un intruso en la casa, que se atreviese a ir abajo, sería detectado de inmediato. He visto un circuito de alarma que funciona mediante células fotoeléctricas.

—¿Y si no fuese un intruso quien los manipula? —aventuró Ken, ambiguo.

—¿Eh? —Glenn pegó un respingo—. ¿Qué quiere insinuar con eso?

—Sí. —Tracy se aproximó lentamente al periodista—. ¿Qué quiso decir exactamente al hacer ese comentario, señor Parks?

—Algo muy simple: quien mueve a uno o varios de esos robots con fines criminales... podría ser uno de esta casa.

—¡Usted está rematadamente loco! —bramó Glenn, agitando sus brazos expresivamente—. Si tía Viveca le oye decir eso, le arroja de casa de inmediato.

—Recuerda, primo Glenn, que mientras no se demuestre lo contrario, yo soy aquí quien debe tomar esa clase de decisiones —le advirtió fríamente Tracy.

—Oh, cierto —la miró de soslayo, con cierto rencor—. Perdona, primita Leilah. Había olvidado que *todavía* no ha podido probar nadie que eres una usurpadora...

—Ése es tu mayor deseo, ¿verdad, querido primo? —sonrió ella con ironía.

—Vuestra conversación empieza a aburrirme —bostezó Glenn con indolencia, dejando su copa vacía en una mesa y levantándose para echar a andar camino de la salida, no sin desperezarse antes sin pizca de educación—. Atiende tú a nuestro visitante, Leilah. Después de todo, la cosa estará entre intrusos más o menos

molestos... Feliz descanso, querida prima.

Salió del *living* cerrando suavemente tras de sí. Ambos jóvenes se miraron. Tracy enarcó las cejas, con un asomo de sonrisa.

—Encantador pariente, ¿verdad, señor Parks? —comentó.

—Yo diría que no ha sido muy bien recibida aquí —suspiró Kenneth Parks.

—Tampoco podía esperar otra cosa. Soy la que echa a rodar todos sus sueños de millones y de vida fácil. Viveca es ambiciosa. Glenn es un vago que no sabe hacer nada.

—¿Y usted, señorita Brentwood? —quiso saber Ken—. ¿Es realmente la heredera?

—¿Usted qué cree?

—A mí, personalmente, me tiene sin cuidado. Vine aquí para escribir sobre un crimen aparentemente vulgar, la muerte de una infeliz criada. Luego me encontré con un millonario muerto en un raro accidente. Y ahora, he sido atacado por un robot asesino con el aspecto de un enano sonriente y las manos de un coloso. Después me entero de que *sir* Guy tenía una colección de cibernautas sorprendentemente perfectos, y creó unos procedimientos revolucionarios de control cibernético de sus criaturas artificiales, que puede atraer la atención de los espías de otros países. Es una extraña historia en la que lo que menos me importa es que Leilah Brentwood exista realmente o no.

—Yo he visto a esos robots, señor Parks. Uno, incluso, pareció dispuesto a atacarme. Pero me convencí de que son inofensivos.

—¿Cómo se convenció?

Ella se lo explicó detalladamente. Ken no la interrumpió, escuchando atentamente. Al final anotó algunas cosas en su bloc y lo guardó, clavando sus ojos en la joven.

—De modo que la viuda sabe manejarlos a la perfección —comentó.

—¿Mi madrastra? —Tracy mantuvo a la perfección su papel. Asintió luego con la cabeza—. Sí, señor Parles. Colaboraba con mi padre en esa tarea, de vez en cuando. Resulta lógico que sepa su funcionamiento.

¿Hay algún medio de sacarlos de ahí abajo sin que nadie en la casa se dé cuenta de ello? —indago Ken.

—No lo sé. Parece ser que no, porque sólo hay un acceso y está

controlado mediante los sistemas de seguridad y alarma. Pero no puedo estar segura. Aún no conozco bien todo esto.

—Podría haber otra salida al exterior fuera de la casa, por donde pudiera alguien sacar a los robots del sótano —aventuró Ken.

—Sí, entra en lo posible, pero no puedo asegurarlo.

—¿Quién podría manipular esos peligrosos juguetes?

—No sé. Aquí sólo estamos mi madrastra y mi primo, el abogado de la familia, Nigel Coleman, que reside en la casa desde la muerte de papá, el socio de éste, Andrew Reed, la secretaria, Lorna Warren, y yo misma. Aparte de nosotros, mayordomo, cocinera y doncella.

—Y el mozo de cuerdas, naturalmente —puntualizó Ken, irónico.

—Oh, sí, por supuesto. Moore, el novio de aquella chica... —Se estremeció Tracy, estudiando atentamente a su interlocutor—. ¿Sospecha acaso de él?

—Sólo sé que en ambas ocasiones estuvo cerca de las víctimas. Pero describió muy bien al presunto asesino de su novia. Era el mismo enano que me atacó a mí esta noche: un robot de su padre, estoy seguro.

—Sí, ya dijo antes lo mismo. —Tracy paseó por la estancia, pensativa—. Como comprenderá, soy la primera en desear que este desagradable asunto se ponga en claro de una vez por todas. Pero su interés, señor Parks, ¿cuál es, exactamente?

—¿Y lo pregunta? —rió Ken—. Soy periodista, señorita Brentwood. Deseo noticias. Éste puede ser el notición de mi vida. Imagine: robots asesinos, sembrando el terror en el Condado de Staffordshire, Una mezcla de ciencia-ficción, terror, suspense y espionaje, sobre todo con ese profesor Sorensen por medio.

—Oh, sí, Sorensen... —Ella reflexionó, frotándose la barbilla lentamente—. Cualquiera podría ser un espía enemigo de Inglaterra, en todo caso. Esos robots pueden valer mucho dinero en manos extranjeras. Son los primeros ejemplares de plástico hinchable que se han creado en el mundo. Sólo sus manos son metálicas. Y en su cráneo está el cerebro electrónico que los guía y controla a distancia.

—Plástico hinchable... —se extrañó Ken—. De modo que no son auténticos cibernautas, tal como se entienden tradicionalmente. No son robots de estructura metálica, rígida...

—No, no. Un plástico especial asemeja carne humana. Se pueden confundir con un ser humano, si no fuese por la rigidez de sus facciones.

—Eso también coincide. Y del mismo modo que son hinchables... pueden ser *deshinchados* en cierto momento...

—Así es. ¿Por qué lo dice?

—Por nada. Pero empiezo a pensar por qué desaparece tan misteriosamente ese enano criminal. Moore habló de una especie de cometa que flotaba en las nubes... Esta noche, estúpido de mí, no se me ocurrió la idea de mirar al cielo tormentoso... Tal vez hubiera visto flotar algo en el aire, por encima de mi cabeza...

—¿A qué se refiere? —Tracy se inclinó hacia él, sumamente interesada.

¿No imagina lo que sucedería si un robot que fracasa o que ha cometido ya su tarea, fuese deshinchado a distancia y casi simultáneamente *elevado* mediante una invisible energía, suficiente para levantar a considerable altura la forma inerte del robot ya apenas sin peso, puesto que sólo sus manos son metálicas y seguramente su cabeza esté repleta tan sólo de diminutos y nada pesados microcircuitos electrónicos de moderna factura? De ese modo, el robot flotaría en el aire, de regreso al lugar desde donde fue manipulado, dando la impresión de que se evaporó del lugar donde estaba o fue absorbido por la tierra mágicamente.

—Es una teoría algo fantástica, señor Parks.

—Pero verosímil, dado el avance logrado por su padre en el terreno cibernético, señorita Brentwood. Estoy seguro de que eso es lo que sucedió. Y que en alguna parte de esta casa, además de controles remotos, alguien posee un sistema de televisión mediante circuito cerrado, que le permite *ver* a distancia las actividades del robot, lo que éste *ve* a través de sus ojos artificiales... De ahí que los faros de mi coche parecieran deslumbrar a mi enemigo. A quien en verdad deslumbraron es a quien lo manejaba y dirigía contra mí.

—Pero señor Parks, esos muñecos son inofensivos. Están programados para no causar daño a nadie... Yo lo he comprobado.

—Basta con que, de momento, uno solo de ellos haya sido reprogramado por alguien o se le haya provocado un bloqueo de la parte de su programación donde se registró su incompatibilidad con la violencia. También yo, como su mozo de cuerdas, capté el sonido

de algo muy semejante a un abejorro furioso. Un zumbido metálico que provenía del muñeco agresor. Tal vez eso detecta una manipulación, una avería provocada en sus circuitos...

—Yo oí el zumbido de su mecanismo al visitar el santuario de mi padre. Pero era leve, apagado, apenas perceptible... —dijo Tracy, con gesto ensombrecido.

—Eso confirma mi teoría, señorita Brentwood. Alguien alteró el funcionamiento de, al menos, uno de esos robots. Es obvio que esa persona está experimentando con ellos para ver de que son capaces las criaturas cibernéticas de su difunto padre... antes de proporcionárselas a alguien que paga mucho y que confía con esos autómatas en iniciar el más económico y terrible ejército del mundo...

Tracy Marsh se estremeció. Estuvo tentada de decirle a su visitante quién era ella exactamente, y revelarle que Leilah Brentwood la heredera, no existía ya. Pero se contuvo, siempre precavida, y se limitó a murmurar con tono cordial y amistoso:

—Creo que mañana deberemos visitar de nuevo el sótano, en compañía de mi madrastra, y comprobar un montón de cosas... ¿Qué me diría, señor Parks, si le invito a ser mi huésped durante un par de días?

—Por mí, encantado —sonrió él—. Estaría más cerca de la noticia. Pero ¿qué dirá su madrastra cuando lo sepa mañana?

—Me importa poco lo que ella piense al respecto —cortó Tracy con energía—. Es mi invitado, y eso basta. Haré que le muestren su habitación. Le espero mañana, a la hora del desayuno, en el comedor. Hablaremos entonces con Viveca Brentwood.

—Me siento profundamente honrado por su invitación, señorita Brentwood —dijo Ken, inclinándose cortés ante ella—. Y espero, cuando menos, serle de alguna ayuda en este extraño y oscuro asunto.

Sí señor Parks. Yo también espero su ayuda. Por eso, tal vez, le ruego que permanezca bajo este techo por el momento. Le confieso que empiezo a sentirme inquieta...

CAPÍTULO VII

Viveca se mantenía fría y distante. Era obvio que aquello no le gustaba.

Ken examinó uno a uno los robots inmóviles, de horrible faz plástica, semejante a un rostro de carne y hueso pero con rara brillantez epidérmica. Parecían tan reales que daban escalofríos con su apariencia de humanoides. Sin embargo, todos mostraban un cráneo totalmente calvo bajo las gorras o sombreros aplicados a sus cabezas. Al tacto, eran de superficie blanda y elástica. Los cuerpos, totalmente huecos, simple envoltura plástica, gomosa, hinchada de forma automática y rápida. Comprobó que podían deshincharse en dos o tres segundos con igual rapidez, bastando para ello un leve impulso electrónico dirigido a sus circuitos.

—No está el que me atacó —dijo secamente Parks al terminar el examen.

—¿No? —Tracy enarcó las cejas, mirándole con sorpresa—. Creo que están todos, ¿no es cierto, Viveca?

—Todos, sí —afirmó ésta—. Tú misma los viste ayer, Leilah.

—Un momento —cortó Ken—. Trate de recordar bien, señora Brentwood. Ahora pueden estar aquí todos los que *vio* ayer su hijastra. Pero eso no quiere decir que estén *todos* los que había aquí cuando su esposo vivía. Es decir, la totalidad de cuantos fabricó. ¿Pude recordar exactamente el número de éstos, señora?

—No, no sé... —confesó ella, huraña, arqueando sus cejas con una expresión casi demoníaca. Los helados ojos azules se fijaron en el periodista con hostilidad evidente—. Yo no bajaba aquí con frecuencia. Mi marido gustaba de estar solo con sus cosas... No podría jurar si eran doce, once o trece los robots que llegó a crear.

—Hay exactamente doce ahora —señaló Ken fríamente—. De

modo que no pudo haber once, pero sí trece. Pudo destruirlo por superstición, pero dudo que un cibernético sea supersticioso, señora. Sin embargo, se repite el viejo dicho de que es mala suerte que haya trece a la mesa. Como en la Sagrada Cena, el comensal número trece se ausentó. No está aquí, si alguna vez lo hubo. Y creo que sí, lo hubo. Es el enano del impermeable gris. El asesino de Abigail Simmons. Mi agresor de anoche.

—Esa historia es absolutamente ridícula —rechazó ella airada—. Guy nunca hizo volar a sus robots, una vez deshinchados.

—No es preciso que a él se le ocurriese esa idea. Creados muñecos tan perfectos, otro experto cibernético pudo alterar sus circuitos, convirtiendo, al menos a uno de ellos, en agresivo y en facultado para elevarse mediante un envío energético, en el momento de deshincharse y pasar a pesar poco más de cuatro o cinco libras en total. La tremenda fuerza de sus manos viene de su revestimiento de acero y sus poderosos estímulos electrónicos, producidos quizás con otro ingenio de control a distancia. Piense, señora, que no sólo su esposo fue un genio de la electrónica. Si hay expertos extranjeros interesados en obtener esos autómatas y sus procedimientos, no dudarán en haber situado en esto a un especialista que pueda controlar y dominar a uno de estos robots, haciendo de él un poderoso e implacable criminal.

—Es absurdo —cortó Viveca, iniciando la retirada con altivez—. Les ruego salgan de aquí. Ya ha visto suficiente, imagino. Y no insista en volver a bajar aquí. Hago esto por Leilah, nada más. Mi hijastra todavía no tiene derecho legal a disponer aquí las cosas.

Nuestro abogado, el señor Coleman, ha ido hoy a Londres a presentar una impugnación en toda regla, basada en las dudas razonables que la identidad de Leilah Brentwood nos ha provocado.

—Resulta razonable tu actitud —suspiró Tracy con una sonrisa—. No me puedo sentir ofendida por ello. De momento, tú eres quien manda aquí. Pero confío en que ello no signifique que el señor Parks no pueda quedarse aquí como invitado mío los días que yo decida...

—Puedes obrar como gustes, Leilah —cortó su falsa madrastra glacialmente—. Personalmente, preferiré ignorar al señor Parks. Detesto a los periodistas. Si ello le puede ofender, lo lamento. Pero me gusta ser sincera en todo.

—No se preocupe, señora. No me ofende. Si acepto la hospitalidad de su hijastra, es sólo porque estoy seguro de que la clave de esos sucesos se halla en esta casa, este laboratorio de su difunto esposo. Y me gusta estar cerca de la noticia, sobre todo cuando puede afectar a la seguridad de mi propio país, señora.

Ella, sin dignarse responder, se alejó de ellos apenas pisaron la planta superior, y su figura majestuosa se perdió por la galería encristalada, recortándose contra la luz solar que, al fin brillaba entre jirones de nubes, tras el temporal de la noche anterior.

—Va a ser una situación difícil la mía —comentó Ken, pensativo.

—No le importe. También lo es la mía —rió Tracy de buen humor. Se tornó más grave su gesto al tomar un brazo de Ken e interrogarle con voz apagada—: ¿Cree de veras que hubo un robot número trece?

—Sí —afirmó Ken—. Estoy seguro. Totalmente seguro, señorita Brentwood.

* * *

Sam Ritter contempló la primera página de la edición extra del *Mail*. Sonrió ampliamente, aunque moviendo la cabeza con cierta preocupación.

—Creo que va a ser un impacto, sobre todo en Crudginton —comentó—. Y ahora, Ken me ha llamado, informándome de su cambio de alojamiento. Está en la propia casa de los Brentwood, gracias a su nueva amistad con la heredera de los Brentwood. ¡Cielos, la que se va a armar en esa casa cuando llegue el *Mail* a sus manos!

Scott Gilmore, ayudante de redacción, se echó a reír, tras revisar otra prueba de la edición actualmente en máquinas.

—Sólo Kenneth Parks podía encontrar algo así —comentó—. Hasta la policía local de Staffordshire se va a sentir ofendida con él por lo que considerarán un golpe bajo.

—Al diablo con ellos. En esos pueblos, sólo se dejan guiar por la rutina. De otro modo, en la encuesta de la muerte de *sir* Guy, deberían haber practicado la autopsia al caballo, como si de un ser humano se tratara. Pero lo más cómodo para ellos era zanzar el asunto en unas pocas horas y librarse de problemas. Ahora, sólo

ellos tienen la culpa de la mecha que ha hecho detonar la bomba.

Y altamente complacido, Sam Ritter leyó de nuevo, con orgullo profesional, la sensacional primera plana del diario de Birmingham, con sus gruesos titulares cubriendo la totalidad de la misma:

¡ESCANDALO EN STAFFORDSHIRE! EL CABALLO QUE MATO A *SIR* GUY BRENTWOOD HABIA SIDO ENVENENADO POR VIA INTRAVENOSA PARA PROVOCARLE LA LOCURA HOMICIDA QUE CAUSO LA MUERTE DE SU DUEÑO. *Un reportaje por KEN PARKS, enviado especial a Staffordshire, con los resultados oficiales y comprobados legalmente de la autopsia del caballo asesino.*

—Una bomba —murmuró Gilmore, riendo—. Sí, señor. Una auténtica bomba...

Norman Brentwood leyó el telegrama urgente recién llegado a sus manos, que acababa de pasar por la Sección de Mensajes Codificados. El texto era elocuente:

«Mediante autopsia del cadáver del caballo “Atila”, desenterrado clandestinamente en Brentwood Mews por el periodista del *Mail* de Birmingham, Kenneth Parks, se ha comprobado que la muerte de *sir* Guy Brentwood fue un asesinato minuciosa y astutamente preparado por alguien que envenenó al animal, causándole una locura transitoria, altamente agresiva. La noticia se publica hoy en el *Mail* a toda plana. El periodista autor de esa bomba informativa, se aloja en Brentwood Mews en este momento, invitado por la supuesta heredera de *sir* Guy, Leilah Brentwood.

»Se ha detectado en la población de Crudginton la presencia del científico cibernético profesor Terence Gordon, que pretende adquirir los robots e ideas de *sir* Guy, en competencia con el cibernético noruego Ingmar Sorensen, que ofrece la suma de dos millones

de libras, doble que el profesor Gordon y el Instituto Británico de Cibernética Industrial, por los secretos de *sir* Guy en la materia. Comprobados contactos importantes y estrechos del profesor Sorensen con agentes de potencias del Este».

El jefe de Tracy Marsh lanzó una sorda imprecación, estrujando el telegrama entre sus dedos.

—¡Ese maldito periodista está complicando demasiado las cosas! —tronó—. Va a ser preciso acelerar las cosas lo más posible, o puede haber un desastre en ese lugar... Estoy seguro de que en cuanto lean en la localidad las noticias del *Mail*, la vida de ese reportero entrometido no va a valer ni un penique. Y, lo que es peor, puede poner en grave peligro la seguridad de nuestra propia agente...

Maldiciendo aún entre dientes, se precipitó con rapidez en dirección a otra oficina, donde se dispuso a expedir una serie de mensajes urgentes a determinados miembros del Servicio de Inteligencia. Por otro lado, requirió todos los informes posibles sobre un periodista llamado Kenneth Parks, de Birmingham, exigiendo que fuesen exhaustivos los referentes a su presunto patriotismo y a sus ideas políticas y relaciones pasadas y presentes.

A la espera de todo ello, se dispuso a dar un paso decisivo. Y redactó un breve telegrama, con destino a Brentwood Mews, firmado personalmente, y para ser expedido por vía normal, fuera de los cauces oficiales del *Intelligence Service*.

El mensaje era muy breve y escueto. Iba dirigido a Viveca Brentwood:

«Llego mañana para tratar de identificar a mi sobrina Leilah, heredera de mi hermano Guy. Saludos: Norman Brentwood».

Después, lanzó un profundo suspiro y entornó los ojos, acomodándose en una butaca, a la espera de los informes requeridos.

—Ahora, confiemos en que todo vaya bien hasta que yo llegue

allí —musitó—. Pero mucho me terno que el asesino de Guy y de esa pobre chica actúe lo más de prisa posible para tapar la boca a ese maldito reportero... Dios quiera que Tracy no se delate a sí misma demasiado pronto, dadas las circunstancias.

* * *

El *Mail* de Birmingham había llegado a Brentwood Mews exactamente en el reparto de prensa de las seis de la tarde, como era costumbre, ya que el tren depositaba los paquetes de diarios en la estación poco antes de las cinco.

El impacto había sido demasiado fuerte para algunos.

Viveca Brentwood se retiró a sus habitaciones tras mirar glacialmente a Kenneth Parks y comentar que Leilah haría mejor en no acoger bajo su techo a «sucias ratas y asquerosas sanguijuelas de noticias sucias». Glenn estaba pálido como un muerto, y aún lo estuvo más cuando, justamente a las seis y media, llegó el coche del constable, con éste al volante. A su lado, reposaba en el asiento un ejemplar del *Mail*.

—Señor Parks, fue ilegal desenterrar el caballo muerto sin permiso judicial, pero pasaremos eso por alto —dijo enfáticamente el constable Rogers al entrar en la casa, con su gorra de uniforme en la mano, girando nerviosamente—. Pero confío en que esa noticia del caballo sea cierta...

—Constable Rogers, la autopsia fue legalmente efectuada por un veterinario y un forense de Birmingham esta misma mañana —le espetó Ken fríamente—. Cuando mi periódico publica algo es porque puede hacerlo, esté seguro.

—La policía local no quedamos demasiado bien con ese informe —le acusó duramente Rogers.

—Lamento tal hecho. Yo no fui quien llevó la encuesta por la muerte de *sir* Guy. Acuse usted al *coroner* encargado de los trámites. Hay cosas que no pueden llevarse tan a la ligera. De haber hecho esa autopsia, comprobarían que las supuestas plantas venenosas ingeridas por el pobre animal, sólo existieron en la imaginación de ustedes. Lo cierto es que alguien inyectó al caballo una dosis de tóxico capaz de enloquecerle, haciéndole terriblemente agresivo. Lo suficiente para que, a la hora habitual en que *sir* Guy le visitaba, se

produjese la tragedia.

—El señor Parks tiene razón, constable —terció Andrew Reed, el socio del fallecido aristócrata—. El se ha limitado a levantar la manta de un feo asunto, aunque sus procedimientos no resultaran demasiado ortodoxos. Ahora, deben buscar a un asesino.

—O a dos —apuntó Lorna Warren desde su asiento al fondo de la sala—. No olvidemos que quien mató a Abigail Simmons sigue en libertad y sin ser detenido.

—Lamento disentir, señorita Warren —dijo Ken a la secretaria—. Me temo que sólo haya *un* asesino: el culpable de ambos crímenes, aunque en uno de ellos usara a un caballo drogado, y en el otro a un robot programado para matar.

—¿Un robot? —Gruñó malhumorado el constable—. ¿Ya vuelve usted a sus fantasías, como en el ataque que sufrió anoche a manos de un extraño enano que se evaporó?

—No son fantasías, constable. Le probaré que no lo son, del mismo modo que le he probado ya que alguien asesinó deliberadamente a *sir* Guy.

—En cuyo caso, sus herederos seríamos los sospechosos —apuntó Glenn, dominando su inquietud con un rasgo de humor negro—. ¿No es así, Parks?

—Posiblemente —aceptó Ken, encogiéndose de hombros—. Pero yo diría que es algo infinitamente más complejo.

—¿Más complejo? —Gruñó Rogers—. ¿A qué se refiere?

—A espionaje, constable. A un enemigo extranjero que acecha sobre Inglaterra con siniestros propósitos...

—¡Vaya por Dios! —suspiró el policía, escéptico—. Creí que era usted un Sherlock Holmes en potencia. Y resulta ser un simple James Bond...

—Ni una cosa ni otra, constable. Sólo soy un periodista que busca la noticia y la verdad que hay tras ella.

Y que cree haber encontrado esa noticia y esa verdad en un caso de seguridad nacional.

Tracy no dijo nada. Estaba mirando fijamente a Ken Parks. Hubiera querido advertirle de lo imprudente y temerario de sus palabras. Si estaba en lo cierto, su vida valía poco en estos momentos. El que mató a *sir* Guy para obtener sus secretos cibernéticos, y que asesinó a Abigail por error o por accidente, no

vacilaría en silenciar a tan peligroso adversario surgido espontáneamente contra los ocultos conspiradores.

Pero no le era posible advertirle sin poner en peligro su propia misión y su personalidad. No podía olvidar en ningún momento que estaba representando el papel de una persona que ya no existía. Y que la vida no sólo de aquel atrevido reportero, sino la suya propia, como agente de Inteligencia, estaba en la balanza en todo momento.

Por fortuna para el periodista, Rogers optó por dejarle de lado y manifestó con sequedad a los presentes:

—Dadas las circunstancias, he venido para hacer unas preguntas a su mozo de cuerdas, Desmond Moore. Es posible que él dé alguna luz a ese oscuro asunto del caballo «Atila»...

Y abandonó, ceñudo y malhumorado, el salón de Brentwood Mews. Glenn se ausentó escaleras arriba, tal vez para reunirse con su tía Viveca y exponerle lo relativo a la visita del constable. Tracy y Ken se miraron. Entre ambos parecía establecida una corriente de simpatía mutua que crecía por momentos, a medida que el clima asfixiante del enigma iba envolviéndoles en un común cerco de angustia y tensión.

Andrew Reed abandonó la sala en dirección al jardín, Lorna Warren se excusó para ir en busca de algo a sus habitaciones. Tracy y Ken se quedaron solos. Se miraron en silencio. El se encogió de hombros.

—No tengo remedio, ¿verdad? —comentó con aire burlón.

—Evidentemente —sonrió ella—. ¿No está arriesgándose demasiado?

—Ya salvé la vida una vez anoche. Vivo de prestado, señorita Brentwood.

—Llámeme solamente Leilah. Después de todo, ya casi somos amigos usted y yo.

—Me gustaría serlo. —Ken la estudió, pensativo—. ¿Se ha dado cuenta de que puede peligrar su vida?

—Sí —suspiró ella.

—Si alguien piensa que usted seguiría la norma de su difunto padre, eso podría inducirle a cometer otro asesinato. Recuerde que necesitan esos robots. No se detendrán ante nada.

—¿Sigue pensando que es una especie de complot extranjero?

—Sí. Cada vez más.

—¿Por qué lo cree? Podrían ser simples delincuentes.

—Estoy seguro de que no es así. El secreto de su padre vale demasiado. Y está ese profesor Sorensen por medio. Todo el mundo sabe cuál es su ideología y cuáles sus contactos políticos. Hay muchos intereses en juego. He hablado con mi periódico en Birmingham esta misma mañana, desde una cabina pública, para no ser vigilado. Mi jefe de redacción me añadió algo que no se publica en mi reportaje por mera cuestión de prudencia, y que mi jefe ha remitido urgentemente al Ministerio del Interior.

—¿Qué es ello? —preguntó curiosamente Tracy Marsh.

—Del análisis del producto tóxico inoculado por vía venosa a «Atila», se ha extraído la conclusión de que es una droga desconocida en Inglaterra y, posiblemente, en occidente. Un suero que altera el comportamiento animal. Si ese producto llegó del extranjero, mi teoría tiene muchas posibilidades de ser la cierta, Leilah.

—Sí, Parks, creo que tiene razón —aceptó ella, pensativa—. Pero tenga cuidado. No se arriesgue demasiado. Creo que su vida puede peligrar más de lo que supone.

—Ya ve lo que son las cosas: ambos pensamos lo mismo el uno del otro. Creo que lo mejor será que ambos estemos muy alerta... y que a ser posible nos vigilemos mutuamente el mayor tiempo que esté en nuestras manos.

—No es una mala idea, Parks —asintió Tracy, pensativa.

No, no lo fue. Esa misma noche, ambos tuvieron sobrada ocasión de comprobar lo acertado de sus conclusiones.

CAPÍTULO VIII

Sucedió cuando la noche ya estaba avanzada, casi al filo de la madrugada.

La cena había sido glacial y nada agradable. Viveca se excusó de asistir a ella, pretextando una jaqueca, y Glenn se limitó a tomar un poco de sopa y verdura, retirándose luego con gesto huraño y sombrío.

Lorna Warren trató varias veces de animar la conversación sin gran resultado, y Andrew Reed y Coleman disputaron agriamente sobre el procedimiento legal que este último había presentado en el juzgado impugnando a Leilah Brentwood como legítima heredera, basándose en dudas razonables sobre su verdadera identidad como tal.

Se retiraron tras una sobremesa algo tensa, y Ken se encerró en su dormitorio de la planta alta, acostándose vestido, para escribir el borrador de un nuevo artículo sobre los sucesos de Staffordshire. Aquella misma noche, antes de la cena, habían sabido que el constable Rogers arrestaba a Desmond Moore como presunto sospechoso, y eso había terminado de nublar el ambiente en Brentwood Mews.

—Ese policía es un imbécil —se dijo Ken, irritado, al saberlo—. El pobre mozo es tan culpable como podría serlo yo. Pero tiene que hacer algo para salvar su prestigio...

Fumó mientras escribía en su bloc, dispuesto a pasar a máquina el reportaje a primera hora de la mañana, para leerlo luego por teléfono a Ritter, y que entra se a tiempo en la edición vespertina del día siguiente.

Tras las lluvias, el tiempo se había hecho más estable, e incluso se notaba un húmedo calor con las ventanas cerradas, una especie

de bochorno. Ken entreabrió su propia ventana, aun sabiendo que ello implicaba riesgos, si era cierta su teoría de que el robot hinchable podía ser elevado mediante control remoto, lo mismo que un planeador.

Ese simple hecho de entreabrir la ventana del dormitorio y asomarse a la noche nublada y húmeda, dio un giro radicalmente distinto a los hechos que, de otro modo, hubieran sido muy otros, para desgracia de la persona amenazada de muerte por un terrorífico adversario.

Ken descubrió la figura en la cornisa a la que asomaban las ventanas de la planta de la mansión. Era fornida y de corta estatura, con un impermeable gris y una gorra de mezclilla. Estaba penetrando sigilosamente, con sus peculiares movimientos rígidos, en una de las ventanas, la tercera a partir de la suya propia, también entreabierta. Contó con rapidez las puertas del pasillo para identificar a quién correspondía aquel dormitorio, sintiendo que su corazón latía apresuradamente y sus sienes palpitaban con súbito ritmo febril.

¡Era la habitación de la joven heredera, Leilah Brentwood!

Por un instante, el horror le paralizó. Como temía, ahora el ataque no se dirigía a él, sino a la principal persona que se interponía en el camino de quienes deseaban apoderarse del secreto de *sir* Guy...

Tomó una rápida decisión. Conocía por propia experiencia a aquel horrible ser, y no había mucho tiempo por delante si quería salvar la vida de la joven que le acogiera como huésped en la casa. Salir del dormitorio e ir hacia la puerta, significaba una gran pérdida de tiempo y, posiblemente, la muerte segura de Leilah.

De modo que optó por lo más simple y directo: salió también a la cornisa en pijama, tal como se encontraba, no sin antes coger del dormitorio un pesado candelabro de bronce que servía de adorno sobre un mueble y que en tiempos quizás fue de mayor utilidad práctica en la residencia de los Brentwood.

La cornisa era estrecha, pero Ken era un hombre ágil y deportivo. No le costó moverse por ella, pegado al muro, sintiendo contra su piel el húmedo aire nocturno, con olor a tierra húmeda. Abajo, las losas de piedra del patio eran una cierta amenaza mortal para quien perdiera el equilibrio. Pero también lo era el robot

asesino, introducido en el dormitorio de la joven heredera.

Oyó jadeos, un sofocante ruido de lucha y el crujido de muebles astillados, cuando casi alcanzaba la ventana. Deseó con toda su alma que lo peor no se estuviera consumando. Pese al riesgo, apremió su marcha por la cornisa, y luego, bruscamente, saltó al interior del dormitorio en penumbra.

Un grito ronco de mujer acogió su llegada. Ken la avisó con voz firme:

—¡No tema. Leilah soy yo. Parks!

En la penumbra, dos formas se movían rápidas. La voz de ella susurró, angustiada:

—¡Cuidado, Parks! ¡Es el robot, trata de matarme!

Otro crujido de maderas rotas señaló el fin de un taburete que ella enarbolaba ante su implacable enemigo. Parks saltó sobre la cama a medio derruir por derrumbamiento de su cabecera, destrozada por la mano acerada del monstruo, y disparó su pierna derecha contra la espalda del robot. Su pie golpeó con fuerza en un cuerpo blando y fofo, que se agitó, girando hacia donde él estaba. El robot —o su conductor a distancia, por control remoto— le había descubierto ya.

—¡No sea loco, Parks! —jadeó ella—. ¡Le destrozará si le pillas!

—De sobra lo sé, Leilah —asintió Ken—. Pero es la segunda vez que nos encontramos y creo conocer sus trucos...

Las manos aquellas que eran como hachas destructoras, buscaron ferozmente el cuerpo de Ken. Éste saltó, y las oyó zumbas en el vacío, hasta hacer papilla otro soporte de la cama. Las astillas le salpicaron.

En ese momento, la heredera demostró que tampoco era una inofensiva damita ni mucho menos. Para pasmo de Ken, saltó en el aire inverosímilmente, y sus pies batieron con un poder increíble al robot. Pese a que eligió su cabeza, que era una parte sólida y dura del cuerpo del monstruo mecánico. Ken oyó crujir el metal, que se abolló por efecto del impacto, y provocó que el feo zumbido que emitía el muñeco mortífero se hiciese aún más áspero e irregular. Por si eso fuera poco, uno de los brazos de Leilah actuó como una centelleante aspa de molino y descargó un mazazo con el filo de la mano contra el cuello plástico de su enemigo. Éste se agitó, vacilante.

—¡Buenos golpes, Leilah! —aprobó Ken, estupefacto—. Es usted toda una luchadora...

Y resueltamente, justo cuando el aturdido robot vacilaba junto a él, Ken alzó el pesado candelabro, puso todas sus fuerzas y voluntad en el golpe, y lo descargó con tal violencia sobre el cráneo de metal, que los músculos de su brazo le dolieron, y el hombro le pegó un lacerante tirón.

Pero alcanzó su objetivo. El candelabro aplastó el metal, arrugándolo brutalmente, y haciendo saltar chispas de los destrozados circuitos internos del robot. El cuerpo de éste vaciló de lado a lado, tambaleante, comenzó a deshincharse, como un globo reventado, y se desmoronó, fofo e inerte, entre ambos jóvenes.

Jadeante. Ken Parks contempló a su abatido enemigo mecánico, y luego alzó los ojos. Leilah y él se contemplaron. Por primera vez, el periodista advirtió que la muchacha estaba semidesnuda, solamente con un *slip* muy breve. Sus senos vibraban con la respiración agitada, y sus piernas lucían en toda su belleza escultural.

—Cielos, lo logró —murmuró ella, sonriente—. Ha vencido al monstruo, Parks.

—Con su valiosa ayuda —sonrió a su vez Ken—. Sin esos golpes que le aturdieron, inutilizando parte de sus circuitos, nunca le hubiera podido dar el golpe final. ¿Es usted karateka?

—Soy un sinfín de cosas que ignora —asintió ella, con gesto ensombrecido—. ¿Y ahora qué, amigo mío?

—Me temo que quien dirigió a este juguetito contra usted, ya sabe lo que ha ocurrido a su criatura. Tengo una idea, Leilah. En vez de escandalizar a todo el que ocupa la casa, ¿por qué no vamos abajo otra vez, al laboratorio de su padre? Quizás el culpable esté allí ahora... Por cierto, ¿quiénes ocupan las habitaciones contiguas a ésta?

—Mi madrastra y Lorna Warren, la secretaria de mi padre —recordó Tracy.

—Pues deben tener el sueño muy pesado para no haber oído nada de la pelea —comentó secamente Ken—. ¿Qué le pareció mi sugerencia? ¿Puede usted entrar en el recinto de trabajo de su padre?

—Observé los controles y resortes que manipulaba mi

madrastra. Creo que podemos conseguirlo, sí. Espere que me ponga algo. Parece que esté exhibiendo mis encantos ante usted.

—No se preocupe por eso —comentó él, irónico—. Yo no pienso quejarme por eso.

Tiene usted cosas muy bonitas para enseñar, Leilah.

—No sea pícaro. Estoy en un momento.

Se puso un jersey y un pantalón con rapidez. Para asombro de Ken, abrió un maletín de aseo, levantó un doble fondo... y extrajo una pequeña pistola automática de calibre 22.

Ken pestañeó, sorprendido.

—Vaya, no está nada desprevenida ante el peligro —comentó—. Karate, una pistola...

—Y esto para usted —completó ella burlona—. Llévelo por si acaso.

La sorpresa de Ken fue en aumento. La joven heredera de los Brentwood le tendía una granada de mano, pequeña, pero suficiente para provocar una regular explosión. El reportero frunció el ceño, mientras ella le hacía una señal de silencio y entreabría cautelosamente la puerta de la habitación.

—¿Dónde dejó la ametralladora y el cañón? —susurró con sarcasmo el reportero, guardando la granada en el bolsillo de su pijama.

Ella meneó la cabeza, como regañándole por sus bromas, y ambos pisaron el oscuro corredor, donde solamente una bombilla lucía al fondo, con claridad amortiguada, revelando panoplias antiguas, armaduras y tapices que prestaban a la mansión de los Brentwood su clásico aire señorial. Tras escudriñar ambos extremos del corredor sin descubrir señal alguna de ser viviente, ambos se movieron sigilosamente hacia la escalera. La descendieron en silencio, pisando con cautela. Como ambos llevaban zapatillas de fieltro, sus pisadas eran totalmente inaudibles.

Una vez en la planta baja, se encaminaron al punto donde se hallaba la puerta de acceso al sótano. Tracy evocó los movimientos de la viuda de *sir* Guy. Tenía un gran poder de retentiva. Puso sus dedos en una moldura y algo oculto funcionó silenciosamente. Una puerta se abrió en el fondo del corredor.

Penetraron por ella, bajando al sótano. La segunda puerta tampoco se resistió, cuando Tracy Marsh pulsó el correspondiente

resorte oculto. Pasaron a la zona moderna; las luces se encendieron automáticamente, y los paneles brillaron con su cruda luminosidad blanca. Sin problema alguno, llegaron al laboratorio electrónico donde *sir* Guy creara su pequeño ejército de juguetes mecánicos.

Apenas asomaron a la amplia sala de trabajo, ambos lanzaron una sorda imprecación de sorpresa y de disgusto. Ken manifestó con voz malhumorada:

—Lo sabía... ¡Lo sabía! Era una sospecha que no podía evitar, Leilah...

No había ni un solo robot en la cámara. Todos habían desaparecido.

Pero eso no era lo peor, con resultar grave. Tracy fue quien hizo el otro descubrimiento. Su tono de voz se hizo agudo cuando señaló con una mano ligeramente temblorosa hacia un punto de la cámara, al tiempo que con la otra empuñaba decididamente la pistola automática.

—¡Mire ahí, Parks! —gimió—. ¡Es horrible...!

Ken corrió hacia el cuerpo inerte, tendido en medio de la sala, donde poco antes viera la hilera de muñecos mecánicos, creación de *sir* Guy Brentwood.

Yacía sobre un enorme charco de sangre. Y aunque su cráneo era como una repugnante pulpa informe, aplastado sin duda por las manos de acero de los cibernautas, no le costó reconocer a la víctima de los asesinos mecánicos.

Era Viveca Brentwood, la viuda de *sir* Guy.

—Dios mío... —jadeaba la falsa Leilah con voz rota.

—Cálmese —pidió Ken roncamente, yendo hacia ella—. Comprendo lo que sentirá al ver así a su madrastra, pero nada puede hacerse ya por ella. Debió descubrir algo, bajó a averiguar lo que sucedía... y los robots la mataron por orden de quien ahora los controla. Trate de serenarse, Leilah, querida amiga...

Ella le miró. Estaba pálida, pero dueña de sí. Meneó la cabeza en sentido negativo y se limitó a manifestar con voz rota:

—Gracias por sus frases de consuelo, Parks, pero es hora de que sepa la verdad. Yo no soy Leilah Brentwood.

—¿Qué? —Ken la contempló con estupor—. ¿Qué es lo que dice? ¿Quién es usted, entonces? ¿Una impostora, como decía su madrastra?

—Sí. Tuve que serlo, Parks. Y no podía decírselo a usted, porque no confiaba en nadie. Hasta ahora, que tengo su ayuda inapreciable, amigo mío... Mi nombre es Tracy Marsh, y trabajo para el Servicio de Inteligencia de Su Majestad, ¿comprende?

—Cielos... Una agente secreto.

—Eso es.

—De modo que yo tenía razón. Esos robots... Hay una potencia extranjera detrás de todo esto.

—Sí, la hay. Pensamos que sería Andrew Reed el infiltrado para apoderarse de todo esto, porque tiene estrechas relaciones con países del Este y con entidades comerciales de esa parte de Europa. Pero ahora no estoy tan segura de que sea él quien está detrás de todo este complot, la verdad...

—Evidentemente, ha de ser alguien que trabaje para enemigos de Occidente y de Gran Bretaña —apuntó Ken, sombrío. Miró de nuevo a Tracy con perplejidad—. Le confieso que nunca imaginé que una espía pudiera ser tan bella. Eso para mí era sólo cosa de películas baratas...

—Pues ya ve —sonrió tristemente Tracy, moviendo la cabeza—. Yo soy una de esas espías que trabajan en la sombra. Leilah Brentwood no existe. Y yo ocupé su puesto, por orden expresa de su propio tío, Norman Brentwood, alto funcionario del *Intelligence Service*...

—En algo se equivoca, mi querida amiga —dijo una fría voz que sobresaltó a ambos, surgiendo de alguna parte del laboratorio electrónico de *sir* Guy—. Leilah Brentwood *sí* existe. Ella siempre ha existido, contra lo que todos pensaron... porque Leilah Brentwood Soy YO.

Ambos se volvieron, sobresaltados, Ken extrayendo en su mano la granada y Tracy apuntando con su pistola automática.

Dos manotazos bastaron para arrojar lejos de sus dedos ambos objetos. La granada rodó, por fortuna sin haber llegado a ser desarmada por Parks. La pistola de Tracy golpeó el suelo, muy lejos del alcance de su dueña.

La persona que había hablado era la bella y morena Lorna Warren, la joven secretaria de *sir* Guy Brentwood.

Y la escoltaban tres de los robots de *sir* Guy, uno de los cuales había desarmado a ambos jóvenes con un golpe seco de su mano.

Lorna Warren llevaba en sus manos un pequeño aparato, semejante al control remoto de un planeador o de un juguete vulgar de tipo electrónico, con una serie de mandos y botones de pequeño tamaño, y una diminuta pantalla de televisión en color.

El modo que tenía de mirarles con sus oscuros ojos fulgurantes era de completa victoria.

Y así era. Estaban en manos de ella. Y de sus mortíferos robots.

CAPÍTULO IX

Tracy Marsh y Kenneth Parks cambiaron una mirada entre sí. Sus expresiones eran de completa desolación. Sabían que habían perdido la trágica partida y poco podían esperar de su implacable enemigo.

Los cibernautas les vigilaban, con sus rostros de máscaras sonrientes o severas, siempre inescrutables, petrificado el gesto en la materia plástica de aquellas carátulas siniestras. Los juguetes inofensivos de *sir* Guy, en manos de una persona capaz de alterar sus circuitos y programarlos de nuevo, se habían convertido en la peor horda de asesinos imaginable.

Y esa persona era Lorna Warren, la secretaria del difunto aristócrata millonario. O Leilah Brentwood, como ella dijera. La mujer que no existía. Pero que, al parecer, sí existía. Y era su enemigo mortal.

No habían podido oponer resistencia a su traslado, en plena noche, desde el laboratorio subterráneo de *sir* Guy hasta otro sótano, situado fuera de la propiedad, donde Lorna tenía su madriguera todo ese tiempo.

Allí esperaban el resto de los robots, robados por ella aquella noche, tarea en la que fue sorprendida por Viveca Brentwood, que al parecer ya sospechaba de la joven secretaria de su esposo. Ese descubrimiento le costó la vida a la viuda Brentwood.

El laboratorio de *sir* Guy tenía, como Ken imaginara, una salida posterior que conducía fuera de la casa, y a través del campo en sombras, Lorna les había conducido a su propio cubil, situado en una vieja bodega ahora en desuso, y de la que posiblemente nadie se acordase en la región.

El material electrónico del taller de Lorna era rudimentario.

Pero suficiente, a juicio de Tracy, para reprogramar con cierta tosquedad a unos mecanismos ya programados previamente, alterando sus funciones radicalmente. No debió serle muy difícil inculcar a sus muñecos la agresividad que podía convertirlos en los más eficaces agentes del enemigo, llegado el caso.

Cautivos de los robots, que vigilaban sus más mínimos movimientos, Ken y Tracy no podían hacer otra cosa que esperar acontecimientos y tratar de saber cuáles eran los planes concretos de su enemiga.

Ésta no se ocultó en expresárselos, así como contarles las zonas oscuras de la historia que ellos ignoraban, persuadida sin duda de que jamás podrían repetirle a nadie cuanto ahora les refería, en la impunidad de su refugio secreto, rodeada por sus ya leales cibernautas:

—Me resultó muy divertido ver llegar a una falsa Leilah Brentwood a la casa, sabiendo como sabía que yo era la verdadera —comentó irónicamente Lorna al comenzar su relato a sus prisioneros—. Inmediatamente sospeché que no eras una impostora vulgar, una simple estafadora, sino un agente especial del Gobierno, labia estado esperando algo así desde el principio. Tú sí me desconcertaste, Ken. No sabía si eras periodista o espía de Su Majestad británica, la verdad. Pero decidí seguir vuestro juego y esperar. Cuando desenterraste el caballo, comprendí que estabas sobre una pista cierta y decidí eliminarte. Envié mi robot favorito contra ti, pero falló. Eso me hizo comprender que eras un enemigo tan peligroso o más que la falsa Leilah.

—¿Cómo pudo usted asesinar a su propio padre, Leilah, si es que realmente es quien dice ser? —la reprochó duramente Ken.

—Es una vieja historia —rió Leilah—. ¿Sabía que mi padre sólo me amó cuando yo desaparecí y me dieron por muerta? Simples remordimientos. Cuestión de conciencia. Me había tratado siempre muy mal, por una razón muy simple: su primera mujer le engañaba con un vigoroso joven empleado de la casa. Yo fui hija de aquella relación ilegítima, porque *sir* Guy *no podía* tener hijos, los médicos estaban de acuerdo en eso. Me odió siempre cordialmente el muy canalla. Luego, arrepentido por la tragedia en que pareció que su hijita Leilah perdía la vida, mostróse distinto, apesadumbrado y dolorido. Su esposa, es decir, mi madre, murió de tristeza y de dolor

por mi pérdida. Y de odio hacia *sir* Guy por su desprecio hacia ella y hacia mí. Incluso he oído rumores de que precipitó su final con una sobredosis de su medicina para los nervios...

—Ignoraba esa parte de la historia, Leilah —dijo gravemente Tracy—. Lo siento. Pero eso no justifica...

—¡Lo justifica casi todo! —protestó vivamente Leilah—. Pero no es todo, es cierto. Os contaré el resto. El naufragio envió a mi persona, maltrecha y ciertamente medio amnésica... ¡qué divertido oír tu historia, Tracy Marsh, y ver que narrabas una mentira que, en el fondo, era verdad en parte...! Repito, medio amnésica, fui recogida por unas gentes nórdicas y trasladada a Noruega sin ser identificada inicialmente. Allí, un hombre inteligente y afectuoso cuidó de mí. Logró al fin devolverme la memoria, pero me convenció de que era mejor no volver a Inglaterra para seguir sufriendo humillaciones y dolor bajo el mando de mi padre. Yo acepté de buen grado ser su ahijada. El moldeó mi carácter, me curó de mi amnesia e incluso me educó mediante un tratamiento especial de mi mente, para ser hoy quien soy. Ese hombre se llama Ingmar Sorensen y le debo gratitud y fidelidad eterna.

—¡Sorensen, el científico cibernauta! —exclamó Ken—. El amigo de los países del Este... Ahora lo entiendo...

—Es posible que lo entiendas, Parks —sonrió Leilah Brentwood glacialmente—. Lo cierto es que él me pidió cumplir esa misión en un momento dado, al saber que mi padre poseía un tesoro cibernético de incalculable valor... y yo acepté. Haría lo que fuese, con tal de cumplir esta misión que el profesor Sorensen me encomendaba. Cambié mi aspecto, teñí mi pelo rojo, me puse lentillas oscuras e hice broncear mi piel con sesiones de rayos ultravioleta, hasta ser la supuesta Lorna Warren que entró al servicio de *sir* Guy para preparar el gran plan de obtención de los secretos de Brentwood Mews. Ésa es, a grandes rasgos, toda la historia.

—Dios mío —murmuró Tracy—. Es horrible...

—No, no es toda la historia —replicó Ken agriamente—. Yo añadiría algo que tú no has querido mencionar, Leilah Brentwood. O que sólo has sugerido...

—¿Qué es ello? —Leilah le miró con frialdad.

—Tú tampoco eres totalmente *humana*.

—¿Qué quieres decir con eso? —comenzó a irritarse ella.

—Que no eres la misma Leilah Brentwood que recogió Ingmar Sorensen años atrás.

Hizo de ti una especie de cibernauta también. Su tarea de reeducarte debió incluir intervenciones en tu cerebro... Virtualmente te *programó* para ser lo que eres, una espía y una traidora ciegamente fiel.

—¡Calla! —rugió Leilah.

—No, no me harás callar —siguió Ken, frenético—. El tratamiento especial de tu mente a que hiciste referencia debió incluir la inserción de electrodos en tu cerebro, de microcircuitos para controlarte a distancia y para obligarte a hacer lo que él quiera. Tú también, en el fondo, eres un robot. Y eso te hace doblemente peligrosa, porque careces de sentimientos, de humanidad, Leilah Brentwood... Realmente, es cierto lo que Tracy dijo. La verdadera Leilah Brentwood sigue sin existir. Ella no existe ya. En su lugar hay solamente un autómatas humano que obedece órdenes, que se mueve a voluntad de otra persona, como un muñeco por control remoto...

—Has hablado demasiado ya. Kenneth Parks, maldito entrometido —silabeó Lorna Leilah con fría ira—. Por tu culpa he perdido a

Cy-3,

el mejor de todos los robots que poseía *sir* Guy. Pero con estos podré ayudar mucho a mi causa y la del profesor Sorensen. ¡Crearemos un ejército invencible, de robots capaces de atacar, desinflarse, elevarse por el aire a control remoto y desaparecer!

—¿Y nosotros, Leilah? —preguntó Tracy—. ¿Qué piensas hacer con nosotros?

—Yo, nada —dijo ella con voz inexpresiva. Señaló a los inmóviles cibernautas—. Ellos lo harán por mí. Lo siento. No hay otro camino.

Y pulsó una serie de resortes, poniendo en movimiento a la docena de robots, que comenzó a avanzar implacablemente hacia ellos dos.

—Cielos, no... —jadeó Tracy, buscando instintivamente la protección de su compañero, al que se abrazó.

Ken la acogió contra sí, mirando con horror a la hilera de

monstruos mecánicos que, inexorablemente, les destruirían en simples segundos...

* * *

Ya era un cerco. Doce robots formando círculo en torno a ella.

Un círculo que se estrechaba más y más por instantes. Las manos enguantadas, terroríficamente poderosas, se alzaban ya, anunciando el final inminente para el reportero y la agente especial de Inteligencia.

Ambos, abrazados, como simples hombre y mujer enfrentados a un peligro que no podían combatir, esperaban el despiadado, sangriento final de sus vidas.

—¿Sabes una cosa, Tracy? —murmuró Ken, conservando su sentido del humor aun en aquellas circunstancias desesperadas—. Siento que esto acabe así. Estaba empezando a enamorarme de ti... a pesar de que seas una espía profesional.

—Oh, Ken... —susurró ella, mirándole con patetismo, serena y algo pálida frente a la muerte—. Se te ocurre declararte un poco tarde, ¿no crees? De todos modos, te confieso que no me hubiera importado mucho ser tu novia... Tienes algo que gusta a las chicas, querido...

—En fin, otra vez será —bromeó Ken, cubriendo con sus manos la cabeza de ella para evitar que los primeros golpes le permitieran ver la destrucción de aquella belleza, confiando en ser el primero en morir bajo el azote de aquellas manos de acero—. Adiós, querida...

—Ken... —la oyó musitar a ella con un hilo de voz.

En ese momento, las puertas de la vieja bodega se abrieron de golpe, violentamente. Leilah Brentwood lanzó un grito agudo de alarma, y se volvió contra los que entraban en ese momento en el sótano, empuñando fusiles automáticos de gran precisión y potencia. Al frente del grupo de hombres armados, iba Norman Brentwood, el jefe de Tracy.

—¡Dios mío, pronto! —gritó éste—. ¡Disparad a la mujer, a su control remoto... o esos robots destrozarán a Tracy y a su compañero!

Leilah iba a apretar el botón que señalaba la muerte para Tracy y Ken, haciendo que las manos de sus cibernautas destrozaran los

cráneos de ambos. Una décima de segundo antes, tabletearon dos fusiles ametralladores, acribillando inexorablemente a la auténtica hija de *sir* Guy.

Ésta aulló, reventada a balazos, mientras en sus manos se hacía añicos, entre chisporroteos y estallidos secos, el control remoto de las máquinas asesinas.

Inmediatamente, la totalidad de los robots se quedó inmóvil, como petrificados por un raro sortilegio, sus brazos en alto, las manos enguantadas amenazando las cabezas de Tracy Marsh y del periodista, pero sin llegar a descender fatalmente.

Ken resopló, incrédulo, y apretó con más fuerza contra sí a Tracy, al tiempo que ésta emitía un gemido de alivio.

—¡Señor, usted aquí! —exclamó al ver a Norman Brentwood entre sus salvadores—. ¿Es un milagro?

—En el servicio secreto no hay milagros, querida Tracy —sonrió duramente Norman Brentwood, mirando el cuerpo ensangrentado y sin vida de Lorna Warren-Leilah Brentwood—. Me enteré de que Kenneth Parks era un periodista de confianza. Vine aquí y monté un dispositivo de seguridad para ambos. Os seguimos cuando os trajo ella aquí desde la casa, pero no pudimos intervenir dada la proximidad de los robots que os escoltaban. Y optamos por hacerlo aquí dentro. Mediante un equipo de sonido amplificado a distancia, captamos toda la conversación. Lamento haber ordenado la muerte de una sobrina, pero como Parker dijo, ella era ya mitad humana, mitad cibernauta. Comprobaremos eso en la autopsia, pero estoy seguro de que era así. Sorensen es un genio en alterar la mente humana mediante sistemas cibernéticos de tamaño microscópico. Un nuevo estilo del «lavado de cerebro», diría yo...

—Pues esperaron demasiado tiempo, señor —dijo Ken con un suspiro—. Casi nos aplastan esos monigotes...

—Las cosas se precipitaron en los últimos instantes y tuvimos que acelerar el ataque, pero intentando evitar lo peor. No siempre todo sale como se programa, señor Parks.

—Dígamelo a mí —resopló, mirando a los inmóviles robots—. Por una programación distinta en estas máquinas, estuvimos a punto de morir los dos... Por cierto, Tracy, respecto a lo que estábamos hablando cuando creímos que íbamos a morir...

—Puedes olvidarlo —sonrió ella—. No voy a obligarte a cumplir

nada que dijeras en un momento semejante, pensando que era lo último que dirías en esta vida...

—Pero es que me gustaría seguir conversando de ello, Tracy.

—¿De veras? —Ella enarcó las cejas, risueña. Miró a Norman Brentwood, que se arrodillaba, ensombrecido el rostro, junto al cadáver de su sobrina, y asintió al fin, con un leve suspiro—. Está bien. Creo que podemos salir de este horrible lugar y seguir charlando camino de Brentwood Mews, donde tenemos que explicarles algunas cosas... Si no te importa, Ken, continuaremos en el punto donde quedamos.

—Por supuesto —salieron al exterior, donde otros hombres armados rodeaban la bodega—. Decías que no te hubiera importado ser mi novia... que tengo algo que le gusta a las chicas...

—Sí, eso dije —ella le miró con sus radiantes ojos verdes. Tenía los labios húmedos y brillantes—. Y es verdad, Ken. ¿No te lo ha dicho antes ninguna?

—Tal vez. Pero nunca sonó tan bien. Tracy...

—¿Sí?

Se inclinó y besó aquellos labios jugosos y entreabiertos. Ella se colgó de su cuello. Le devolvió largamente el beso. Y ambos supieron que esto era mejor que todas las palabras posibles.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Tres pies equivalen a unos noventa centímetros. < <